



LA ISLA

JUNIO 2011

PROPUESTA DE JUEGOS II – HIPERNOVELA

A partir del comienzo de la novela La invención de Morel, de Adolfo Bioy Casares

Escritores.org

Cursos y talleres de formación

Han participado:

José Antonio, Estrella, Laura R., Juan, José Ciccone, Gloria, María Elena, María.

—Hoy, en esta isla, ¡ha ocurrido un milagro! —anunció Nora desde el púlpito, los brazos en alto, radiante, la nariz toda roja.

Estábamos todos sentados sobre la arena fresca, expectantes, extenuados por la espera prolongada bajo el sol del mediodía —la noticia del mensaje inminente había atravesado la selva, un susurro sin freno saltando de un bosque a otro, volando sobre la copa de los árboles—, en la culminación de una semana de arduo correr entre los montes.

Allí estábamos: Manuel Agustín Pérez Delaerre Alazeta, el cejijunto, Joaquín Gutiérrez Ola Zabal, el cabezón, Alejandro Sebastián Delatierra Delfuego, el frío, María Margarita Azucena Flower, la perfumada, y todos los demás, el enano, la narigona, la huesuda, el majo... éramos como chiquicientos...

—¡Gente! Hoy he recibido la aprobación del Consejo de Ultramar: ¡finalmente podremos hacer realidad nuestro sueño! ¡Amigos, la Desorganización de Escritores de la Isla está finalmente online!

El júbilo estalló con un solo grito. ¡Ninguno de nosotros esperaba semejante noticia! ¡Finalmente podíamos dejar de jugar al escondite! A la narigona se le cayeron los mocos de la emoción, el cejijunto se peinó las cejas con el dedo bañado en saliva, el frío no cesaba de saltar alrededor del altar, el majo que trituraba a la huesuda en su abrazo de alegría... ¿quién hubiera podido dormir esa noche?

Eso pensaba entre mí. Quién hubiera podido dormir esa noche...

Vimos la puesta del sol, corrimos sobre la playa entre las sombras tibias de la noche, avivamos el fuego, nos perdimos entre el follaje cercano, nos buscamos, nos desencontramos, nos perdimos, nos dormimos despatarrados y vencidos en algún instante, ya de madrugada.

Quién hubiera podido dormir después de oír semejante noticia... quién hubiera imaginado siquiera que la mañana siguiente el enano...

Nora no podía creerlo. Ni la perfumada ni el frío. Es más, la perfumada no hizo más que llorar, todo el santo día.

Tan contentos estaban todos que, en esa celebración de júbilo, no pudieron percibir la verdadera esencia del mensaje. “La isla se haría pública”. Vendrían muchos visitantes y, la verdad, estaba todo de pena, todos los habitantes nos habíamos dedicado a nuestros propios

desmadres y, la verdad, el aspecto general que se ofrecía no iba a ser la imagen que ellos mismos conservaban, o más bien, creían conservar.

El enano se había percatado de este detalle y, aunque participó de la fiesta, ni bebía ni parecía disfrutar. Nora, como buena gobernante, se dio cuenta del estado de preocupación del enano, y no pudo más que dirigirse a él, mientras ya los demás, descansaban:

—¿Aún despierto?

—Así es —dijo el enano solemnemente.

—¿No te ha gustado la proposición? —argumentó Nora y prosiguió—. Al fin y al cabo es lo queremos todos, ¿a caso tú no?

—No es eso, Nora, quizás sea por mi deformidad, que siempre me pregunto si estaré a la altura. Para sentir esto tan a menudo hay que ser tan enano como yo, quizás los demás no lo vean, ellos lo ven todo desde un plano más alto y yo voy siempre a ras de suelo —seguía mirando a un cielo que pronto apuntaría al alba.

Nora le dedicó una risa cariñosa y le amasó el pelo a modo de despeinado.

—Tú escribe, enano, no pares de escribir, todo lo que te preocupa ya ha sido valorado antes de que se hiciera pública la noticia que os he dado.

—Pero ¿cómo actuaremos? O, mejor dicho, ¿qué engendro podemos crear?

—El “engendro”, qué cosas tienes.

—Se tratará de eso, llevo el circo en las venas —se dirigió a Nora y, esta vez, el brillo de la ilusión parecía aparecer tímidamente en sus pupilas— como función, claro que me interesa, pero mira a tu alrededor. Todos se han despendolado por ahí, la basura que veo es la propia de un botellón juvenil de la primera década del año 2000... y ahora, hala, todos a dormir la mona. Aquí y ahora solo estamos tú y yo —bajó la vista hasta la punta de sus pies.

—Te estás contestando solo y no te das cuenta “enanín” — le dijo Nora, con la misma expresión amistosa en su cara—. Hoy es normal que la alegría nos torne a todos en este estado, es la reacción que se esperaba, la verdad. Referente a la basura, mañana todo quedará limpio y nos iremos preparando para darle a la isla el esplendor que ha tenido siempre pero esta vez aumentado. Piensa que también es tu isla, ¿no te parece?

—Claro que sí. Por ello me preocupo, porque quizás con mis condiciones físicas no pueda aportar todo lo que me gustaría.

—Aporta solo lo que puedas, enano. Todos haremos igual, después veremos el resultado — hizo una breve pausa y añadió—, ¿te veo llorándole a la luna?

El enano no contestó, se encogió de hombros en un gesto, aún mirando la punta de sus pies.

Nora se levantó y le tendió la mano, ambos tenían ya el culo frío, la verdad, del rato que llevaban sentado en el frío suelo.

—Te pediría un favor.

—Dime —dijo el enano sacudiéndose el trasero, con el movimiento cómico que le permitían sus cortos brazos.

—Además de escribir, ¿podrías cantarle a la luna como lo hacías antes? Echo de menos esa banda sonora en la isla.

—Pero, ¡si canto muy mal!, lo dicen todos y me mandan callar.

—Yo no pienso igual, enano, me gusta cómo cantas y cómo escribes... y cómo eres, no lo olvides. Todos tenemos mucho dentro, quizás más que fuera, y no sería justo no compartirlo con los demás: “escribe y de vez en cuando canta”, anda, y cuando quieras llorarle a la luna, puedes, claro que sí, pero solo un poquito, que se pone triste y pierde el brillo, mírala —con un leve bostezo Nora se dirigía hasta su bungalow—. Me voy a dormir, estoy cansada.

—Hasta mañana, gracias... pero lo de cantar, que sepas que no me sale —dijo el enano tomando el camino hacia el suyo, en dirección opuesta— y cuando me salía no oía halagos precisamente —subió el tono de voz.

—Adiós, que descanses —se despedía Nora alejándose.

El enano llegó a su bungalow, silbando muy bajito una cancioncilla sin darse cuenta. Al llegar a la puerta, observó que estaba abierta...

La luna de afuera, en lo alto de la noche oscura, afeitaba el rostro del enano, segura de su filo como una cimitarra. Entró al bungalow atravesando la luz siniestra y trapezoidal. Alguien lo estaba esperando dentro.

Era yo, Adán Buenos Ayres, el flaco.

—Hola, enano maldito.

—Ya no te esperaba... —me respondió, fingiendo sorpresa, como si su cabeza fuese parte de un sueño pesado.

—Me dijiste: «Flaco, hablemos en mi bungaló». Bien, aquí estoy —respondí con fastidio.

Sabía perfectamente para qué me había dado esa cita. No era una novedad en la Desorganización de Escritores, siempre había hecho alardes de querer ser el Protagonista. Una manía en los de su clase, hinchados de falso mini orgullo, con esos brazos de juguete, las manos regordetas y los dedos machucados contra una pared invisible. Y esas uñas... anchas, redondas y curvas, vencidas por la gravedad. Se sentía importante, Nora lo había incitado a cantar. Ya me lo veía haciendo aspavientos sobre el altar de la Isla: «¡Airee! ¡Aireee! Que tenga la puerta abierta la alegría de mi casa...», el muy enaninja de circo.

—¡De rodillas, flaco! —me ordenó con ínfulas.

Se había transformado en un milésimo de segundo, seguro que Nora no tenía ni idea de cómo era en realidad: un minúsculo emperador exiliado.

—La Protagonista será la perfumada, ya lo hemos discutido con los otros. El cejijunto y los otros están de acuerdo conmigo. También la narigona. Así que pies en remojo y a crecer...

Me lanzó un puño a los pasodobles y no tuve más remedio que contener su furia centrífuga como de costumbre, aferrándolo por la frente.

—¡Yo soy el Protagonista! —decía fuera de sí —y la perfumada, esa Flower... es una rubia extranjera!

—Si te calmas un poco nos sentamos... y estaremos de igual a igual, ¿me oyes?

—No me gusta que me miren de ese modo... sois todos iguales... ¡de rodillas!

—Lo sé, enano, somos todos iguales, menos tú. ¿Tranquilos?

Para nada, con una velocidad digna de su estirpe, sacó de quién sabe dónde una pistola para gigantes y me disparó en pleno rostro todo el cargador.

Me quedé un momento aturdido, completamente bañado, obnubilado... ¡me había descargado medio litro de agua con el revólver de juguete!

—¿Qué está pasando aquí? —era la voz de la huesuda.

Con las trenzas en la mano, le dijo al enano...

—¿Te parece bonito jugar a carnaval a esta hora? —y haciendo girar el cuello para que le crujieran los huesos, alzó al enano en brazos y le depositó en su hamaca, con energía— ¡Ooh! Pues que ahora se duerme, ¿entendido?

—¡La culpa es del flaco, siempre me martiriza! Yo solo quería cantar... me lo había pedido Nora, ¿sabes? —se lamentaba dentro la red de cáñamo—. ¡Él me quiere obligar a ser el Protagonista!

—¿Que yo te obligo? —reaccioné mientras me secaba los ojos—. ¿Le oyes? Si me ha ordenado arrodillarme, el muy tapón...

—¡He dicho que ya basta! ¡Esta luz se apaga! —dicho y hecho. La huesuda se sonó los nudillos, bajó la palanca del interruptor y me llevó fuera del bungaló, dejándo atrás los lamentos del enano que se ahogaron en el encierro.

—¿Por qué sonríes? —me preguntó mientras caminábamos sobre la arena, entre caracolas y barquillos de canela y miel abandonados.

Frente a nosotros, las aguas resplandecientes del Mar de los Reflejos se perdían en la distancia del Océano Mayor. La tenue luz de la luna cedía el paso al brillo intermitente de las estrellas en el cielo azul de Prusia; muy lejos, las constelaciones pasajeras eran nubes resplandecientes de polvo cósmico.

—Por tus crujidos, me causan gracia...

Sonrió ella también, enredándose las trenzas morenas bajo el mentón. La huesuda era mi mejor amiga, la única que sabía de mi amor por la perfumada.

—¿Es verdad que quieres que el enano sea el Protagonista?

—¡Es un bribón! Saben todos cual es mi preferencia... él busca siempre ser la estrella del momento, pretendía ordenarme que le votara, imagínate...

—Espera que lo sepan el cejijunto y el cabezón...

—Ya no tiene importancia. Lo lamento por Nora, ella querría poner a todos de buen humor... pero bueno, es que esa idea de hacerlo cantar desde el púlpito... con esa timbre chillón...

Pasamos delante del cartel de la Isla, un antiguo caparazón de tortuga de la especie Capairon Immensus, con la leyenda “Bienvenidos a Dedees...”. ‘Dedees’ era la sigla de nuestra querida Desorganización de Escritores. Debajo, un eslogan en extranjero rezaba: “Play in progress”, para los turistas.

A un cierto punto nos sentamos sobre uno de los tantos troncos secos que se suelen encontrar en todas las riberas; las ondas incesantes de la marea nos bañaba los tobillos y la arena como una pulpa se mezclaba jugosa entre los dedos.

—Allí está la Reina del Sur —dijo la huesuda, señalando la estrella de los náufragos.

—La guía del holandés errante... y la maldición del capitán van der Decken, ¿conoces la historia?

—No.

—Desafió el destino haciendo un pacto con el Diablo; poder navegar por siempre sobre todos los mares, afrontando las inclemencias y los temporales que Dios pusiera en su travesía. Nunca pudo regresar a ningún puerto y, desde entonces, vaga sin meta con su imponente barco fantasma. Es el único que no puede ver La Reina del Sur.

—Es una historia muy hermosa... yo no sé nada de estrellas...

—¿Ves esas tres, a la derecha?

—Sí.

—Son las Tres Chupetas. Y la nube detrás, es la Nube de Peluche, en la constelación de los Caramelos.

—Adán...

—¿Sí?

—¿Y si nos ponemos a contarlas?

—¿Es una broma?

—¿Por qué?

—Se te cubren las manos de verrugas cuando cuentas más de cien... ¿no lo sabías?

—Ni idea...

—Y aquellas dos conjuntos luminosos en el horizonte, ¿los ves?

—¿Uno grande y uno chiquito?

—Sí. La más grande es la constelación de Más Acá y la otra, mucho más pequeña, es la de Más Allá. Aunque en realidad es un fenómeno óptico, porque la de Más Allá es la que está más acá. Es por efecto de la curvatura del Océano Mayor.

El tiempo pasaba y me daba cuenta que era hora de irse a dormir, porque la huesuda tenía la piel de gallina y no hacía más que acercarse cada vez más. De pronto, con la misma intensidad que observaba la oscuridad celeste del azul de Prusia, se giró con un rumorcillo sordo de articulaciones y me desfiló las trenzas por la nariz.

—¿Sabes qué me gustaría hacer?

—No... por favor, estoy cansado de jugar...

—Solo un poquito, ¿sí?

—No.

—Sí, un poquito, así...

—¿Y si después nos cae mal?

—No nos va a caer mal.

Así que nos fuimos caminando despacio, los pasos hundiéndose en la arena húmeda, dejando huellas saladas en el reloj de arena de un tiempo paseandero.

Al entrar no encendimos la luz.

Pocos pasos ligeros en las sombras y nos sentamos uno a cada lado de la hamaca. Yo tuve que treparme un poco por las cuerdas y hurgar sobre las traviesas del techo. Y allí estaba.

—Ten cuidado...—susurró ella.

Rato después, cuando estábamos casi por terminar el frasco de Dulce de Leche, un rumor de correteo non hizo sobresaltar.

¡Alguien nos había estado espiando y se alejaba a toda prisa! ¡Alguien que con toda seguridad le habría soplado al dentista de la Isla lo que estábamos haciendo con la huesuda!

Me incorporé de un salto y salí con la cuchara en la mano hecho una furia. Una especie de tarugo se adentraba velozmente en la foresta, zarandeando el follaje, ¡era el enano!

No me había dado tiempo de verlo pero sí lo estaba oyendo, gritando como un extravagante entre risas insidiosas que se perdían en la jungla.

El muy ruin vociferaba a voz en cuello...

—¡El Flaco y la huesuda!, ¡el Flaco y la huesudaaaaaaaaa!

Yo corría tras de él como alma que lleva el diablo y quise arrancarle la lengua de cuajo; pero el enano, a pesar de sus cortas piernecitas, corría como una liebre. Llegó a la cabaña de Nora y aporreo la puerta

—Nora, Nora, Noraaaaaaaaa —gritó desesperado.

—Pero... ¿qué jaleo es este? —dijo al abrir la puerta y ver al enano con los ojos fuera de sus órbitas—, enanín ¿qué ocurre?

—Se han comido el último bote de dulce de leche

—¿Quiénes?

—El Flaco y la Huesuda, yo los vi con estos ojitos, ¡merecen un castigo ejemplar!

—Te lo puedo explicar, Nora... —dije con la voz entrecortada intentado recuperar el aliento.

—¡No, basta!, no quiero oírlo, es hora de dormir. Mañana tocaré diana a las siete... tenemos que tratar muchas cosas, pero eso será mañana.

Ni que decir que apenas me giré hacia el enano, éste ya se daba a la fuga corriendo como un dibujo animado hacia la selva.

Mientras me disponía a perseguirlo a toda velocidad me asaltaron las dudas: ¿dónde estaba la huesuda?, ¿dónde estaban los otros?, ¿cómo era que ninguno se había desvelado por el griterío?

Como por encanto, estaba atravesando la playa de Dedees y nadie seguía ni despatarrado ni durmiendo sobre la arena. No había restos de comida ni de desorden alguno, ¡hasta el cartel ya no estaba en su lugar!

¿Cómo podía ser posible?

Es más, una niebla espesa y blanquecina parecía cubrirlo todo a mi alrededor, mientras corría entre la hierba como un poseído, continuando sin reparos entre ramajes y plantas exóticas, sin ningún miramiento hacia donde me estaba llevando el frenesí. Por momentos, escuchaba el rumor distante de la carrerita del enano en fuga, mientras que a veces me parecía de haberlo superado. Era un acoso constante.

A un cierto punto, llegado al desvío del sendero de jardines que se bifurcan, en el mismísimo ángulo de la segunda pista, la figura blanca y resplandeciente de un hombre inmóvil, de aspecto adusto y severo, se alzaba sobre un enorme pedestal marmóreo. Me detuve de golpe a su lado, sorprendido por su presencia en ese lugar, en medio de la noche, no sin cierto temor. Tenía todo él una expresión anticuada, como la de los mimos que se quedan petrificados, cubiertos de esa pátina blanca que les recubre. Llevaba un gorro frigio sobre la cabeza.

Me acerqué hacia él despacio, sigilosamente, con la intención de tocarlo. ¡Estaba frío como una estatua! Cuando acaricé el manto sobre sus pies rígidos, repentinamente la figura abrió los ojos y... ¡mamma mia, qué miedo! ¡Sus ojos eran blancos, sin pupilas, como si fueran ciegos! ¡Y sin embargo, yo presentía que me estaba observando! Con un suspiro, comenzó lentamente a moverse, gesticulando hacia mí, y empezó a recitar con una voz que no era de este mundo, unos versos extraños y lejanos, llenos de olvido:

En medio del camino de nuestra vida

me encontré en un oscuro bosque,

ya que la vía recta estaba perdida.

¡Ah, qué decir!, cuán difícil era y es

este bosque salvaje, áspero y fuerte,

que en el pensamiento renueva el miedo

Tan amargo, que poco lo es más la muerte:

pero por tratar del bien que allí encontré,

diré de las otras cosas que allí he visto.

No sé bien repetir como allí entré;
tan somnoliento estaba en aquel punto,
que el verdadero camino abandoné.

Pero ya que llegué al pie de un monte,
allá donde aquél valle terminaba,
que de pavor me había acongojado el corazón,

miré en alto, y vi sus espaldas
vestidas ya de rayos del planeta,
que a todos lleva por toda senda recta...

Y en eso... interrumpiendo la recitación, enmudecía paulatinamente, mientras miraba detrás de mí con un gesto vivo de horror. Yo me quedé paralizado de terror, viendo su expresión. Lo presentía, intuía qué estaba ocurriendo porque comencé a sentir con fuerza el aliento fétido y salvaje de esos monstruos terribles de la noche, resoplando a mis espaldas. Rígido, helado de espanto, esperé que se abatiera sobre mí el gesto brutal de la Pesadiya, esa bestia nocturna indescriptible de la Isla, de la cual Nora siempre nos había querido proteger en nuestras correrías nocturnas por la jungla.

Y en un instante, en menos de lo que canta una gallo...

—¡Qué olor!

Demasiado tarde... apenas me había girado con la intención de escabullirme, que un zarpazo del aliento de la Pesadiya me golpeó de lleno en la nariz.

Todo comenzó a dar vueltas a mi alrededor, su presencia múltiple y desfasada crecía y se reproducía sin parar; sabía lo que me ocurriría... lo que sucedería a mis sentidos durante las horas siguientes... o quién sabe hasta cuándo...

Respirando ese hedor, toda la jungla en derredor inició a transformarse, a agigantarse; los árboles, las palmas, la hierba; incluso las piedrecillas, dentro el jardín de senderos que se bifurcan, aparecían como grandes rocas; las rocas como pequeñas montañas, las montañas como cordilleras y las hierbas, como bosques de lianas infladas e interminables.

La silueta inmóvil, hacía ya muchos instantes que se hallaba en las cumbres inalcanzables, sobre uno de los picos más altos de la cordillera como un Cristo Redentor.

Los golpes de la Pesadiya, habían continuado a abatirse sobre mí sin freno; la furia de aquel ataque desmedido, terminó por sumirme en un sopor y un agotamiento indecibles.

Ya no podía estar en pie, mi equilibrio era cada vez más frágil y recuerdo todavía con claridad haber pensado, en ese estado de adormecimiento, cargado de espanto: “parezco un enano con estas dimensiones...”

Después no entendí más nada y ni siquiera sé lo qué ocurrió...

—Flaco...

—¡Mmhh!

—¡Adán! Flaco, despierta...

—¡Mmmhammm!

—Soy yo, el enano...

—¡Guedtá padsando?

—Despierta por favor, Adán Buenosayres... flaco, ¿te sientes bien?

Entonces vi al enano, inclinado sobre mí, dilatado como el resto del mundo, hecho un gigante.

Y comencé a gritar, sin emitir sonidos... cada vez más fuerte, hasta que finalmente con la voz en cuello, pude sentirme decir entre alaridos...

—No me toques, enano de mierda, tú tienes toda la culpa —le dije mientras rehuía arrastrándome de espaldas sobre el suelo.

—¿De qué hablas, flaco?

—Mírate, enano, has crecido. Te ha poseído el pétreo de la pesadilla. Lo vi con mis propios ojos y me habló, me recitó la letanía del mal presagio y mira...

—Pero ..., ¿estás borracho, flaco, o drogado? ¿Tomaste dulce de leche?

—Demás sabes que sí, me espiabas. Mejor dicho nos espiabas.

—Flaco, por favor, espabila que yo no he espiado a nadie.

—¿No?, ¿se puede saber de dónde vienes? Vi como la huesuda te encerraba. No me caes bien, lárgate de mi bungaló.

El enano dio un paso más para zarandear al flaco y este empezó a gritar más y más, tanto que ya una afonía surgía de su garganta en lugar de gritos.

—Aggggggggggggg, no be togues, no té aquedques a miiiiiiiiiiiiiiiiiiii —en la voz asomaba la prueba del delito, realmente había incumplido la norma y cayó en la trampa, la prohibición de tomar los frascos de dulce de leche tenía truco y la sustancia alucinógena que contenía ahora estaba galopando dentro del flaco.

—Flaco, flaco, necesitas ayuda anda, vamos al dispensario de la cruz verde, te harán la limpieza, flaco, mueve el culo.

—Que me defjeeeeee, agggggggggggg, eftadas contiento afora efres grandeeeeeeeeeeeeeeeeeeee

Al griterío, el resto de gente fue acudiendo unos en pijama otros a medio vestir, la perfumada sin perfume...

—¿Qué ha pasado? —dijo la perfumada, con asombro al ver como al flaco se le salían los ojos de las orbitas mirándolos a todos con pavor—. ¿Por qué habla así?

—Hay que acercarlo al dispensario, pero no se deja ni tocar, fíjate, me ha llamado gigante, alucinaciones, supongo.

—Je, je, je. Eso le pasa por no mirar, ¿a que ha tomado dulce de leche? —dijo el majo, que acudió igual que todos, atraído por el escándalo.

—Creo que sí —dijo el enano—. ¿Era una trampa para que no lo agotáramos?

—No, creo que no, es simplemente un hongo que suele crecer a veces, mucho meter el dedo para catar, muchas manos y al final: “champignon”. Déjalo, se le pasará.

La perfumada no estaba de acuerdo y aunque todos volvieron a sus bungalós ella se quedó rezagada, con la intención de... hacerme compañía, pienso... mas, ¿cómo podría hacerlo si permanecía recostada en la hierba, rígida como una estatua?

Toda ella era realmente formidable, grandísima como un continente; sus movimientos se me aparecían de una lentitud infinita, como el pasaje de la Reina del Sur sobre el firmamento o el vagar de la constelación de los Caramelos.

Todos los otros que habían llegado —un montón—, ya se habían ido y ahora estábamos solamente la perfumada, yo y la noche interminable con su fragancia de encanto.

Los aromas dulces de la perfumada, quiero decir.

Mucho más deliciosa que el cremoso dulce de leche. Ingenua y pura como su nombre: Cándida, la perfumada.

En mi imaginación, fui absolutamente consciente que mi estado era lamentable, un delirio; sin embargo, mi corazón la idealizaba como si ella fuera la bella durmiente del bosque, distendida sobre la hierba, inmóvil; había una sensación dentro de mí que me hacía pensar que un beso de Cándida, la perfumada, con su candidez podría hacer desaparecer el sortilegio en el cual me había sumido el aliento pútrido de la Pesadiya.

¿De verdad los otros habían llegado para ayudarme?

¿O había sido solamente un fragmento suelto de un sueño?

¿Cómo habría podido lograr llegar hasta los labios de la perfumada, si parecían estar a kilómetros de distancia?

Incluso después de pasar semanas enteras corriendo y jugando por los montes selváticos de Dedees, nuestra isla virtual, ¿sería capaz de semejante recorrido en el estado en el cual me encontraba?

Continuaba a observar el cuerpo de Cándida relajado sobre el verde húmedo, recortando con sus formas todo el horizonte imaginable. En ese punto, armado de coraje me acerqué lentamente a sus pies... ¡Qué pies! ¡Eran colosales! Un aroma delicioso de queso fresco parecía

flotar en el aire... todo alrededor de sus plantas delicadas e ingenuas; en eso estaba cuando de pronto divisé un tronco altísimo con una serie de carteles enormes, como esos que se utilizan en los caminos de montaña para indicar direcciones, senderos y distancias. Orientaba sobre una serie de nombres y lugares, como si el cuerpo de la perfumada fuese... ¡un lugar geográfico, un sitio turístico! ¡Y escrito en extranjero! Tanto fue así que me vi obligado a traducir sus nombres, entre paréntesis, mentalmente. No daba crédito a mi entendimiento... y comencé a leer... y a traducir, para mí mismo.

Sendero 1 - Collina della Rotella: (Colina de la Rodilla): 3,5 kms. Media dificultad.

Sendero 2 - Sentiero delle Cosce: (Senderos del Muslo): otros 3,5 kms de distancia. Baja dificultad.

Sendero 3 - Monte di Venere e Paradiso: (Monte de Venus y Paraíso), 1,5 kms de junglas tropicales, efluvios dionisiacos, ríos subterráneos y aromas de embriaguez. Una zona engañosa y llena de peligros, en constante movimiento telúrico, un fenómeno conocido como “La Vibración del Cosquilleo”. Tremendo. Imposible no sentirse lleno de vértigos. Alto riesgo, aconsejable el uso de cuerdas.

Sendero 4 - Vallate dell’Ombelico del Mondo: (Valles del ombligo del mundo), otros 1,5 kms de subidas y descensos vertiginosos. Dificultoso. Erupciones y temblores subterráneos.

Sendero 5 - Sterno del Cuore: (El Esternón del Corazón), más de 7 kms de llanura ascendente. Paso simple, andar ligero.

Sendero 6 – Le Cime dei Due Capezzoli: (algo así como “Las Cimas de Punta-Pezones”), 2.350 mts de ascensión vertiginosa, sobre paredes lisas como el mármol y terreno blando como la torta de gelatina. Cuando reflexioné que un montañista hábil necesita de casi una hora para superar un desnivel de 400 mts, me tomé de la cabeza... ¡2.350 metros! ¡Y ni que hablar del riesgo extremo de las Puntas! ¡Prácticamente un ascenso extremo de casi seis horas!

Sendero 7 – La Rotta del Collo: (La ruta del Cuello), un descenso casi en vertical desde Punta-Pezones y un ascenso de todo empeño. Imaginé que ese tramo bien podría hacerlo corriendo, para estirar las piernas... otro kilómetro y medio, hasta llegar al siguiente.

Sendero 8 – La Bocca della Testa: (La boca de la cabeza), aún 2 kms para llegar a los doscientos metros cuadrados de labios... ¡carnosos y húmedos de la perfumada!

Sentí que no podía perder más tiempo, era un camino que estaba seguro de conocer de memoria. Y una voz, (que no era la mía), decía en mi imaginación que estaba haciendo lo correcto.

A lo lejos, en el horizonte, el lento viento del horizonte suspiraba sobre los distantes hebras de cabello de Cándida, mi perfumada.

¿Dormía? ¿Soñaba?

¿Eran sus labios que parecían moverse como las ondas del Océano Mayor y el Mar de los Reflejos?

¿Era su voz aquel susurro que atravesaba la noche?

¿Y aquella luz, como la de dos faros en la distancia, era la luz de sus ojos?

“Adán...” me pareció escuchar que decía su voz, llegándome desde muy lejos...

Y sentí, en ese momento, mientras comenzaba a caminar sobre sus piernas hacia el Monte Rotella, que la perfumada era la divinidad indicada, para llamar las cosas por su nombre y llenarlas del aliento de la vida.

Durante todo el trayecto, me daba constantemente coraje para lograr establecer el primer campo base apenas hubiese llegado al Monte di Venere e Paradiso. Por momentos, imaginar esa meta me hacía correr, sin pensar en la extensión de toda la travesía...

Allí habría podido descansar todo lo necesario, antes de proseguir mi camino hacia el beso, que me habría de reportar a la realidad.

Y, mientras, El Flaco desahogaba su incontinente y desbordada pasión sobre la figura de arena en forma de mujer que él mismo había creado, El Cabezón dirigía sus pasos a la puerta de Nora.

Joaquín Gutiérrez era un hombre tímido y taciturno que le costaba enormemente hablar y por esa razón repasaba en su mente innumerables veces lo que quería decir, procurando exacerbadamente no herir los sentimientos de nadie cuando hablaba.

“Nora. Yo creo que por muy desorganizada que sea esta Organización de Escritores de la Isla, yo creo que tienen que establecerse unas reglas básicas a objeto de obtener el mejor resultado

posible del esfuerzo conjunto que se nos ha pedido realizar para escribir una novela sobre un milagro, que hasta donde yo puedo ver, no es tal.”

Estaba satisfecho con su discurso pero en su mente burbujeaba un disgusto que le era difícil contener. Quizás por eso las palabras que salieron de su boca en el momento en que Nora le abrió la puerta fueron muy distintas:

—Coño, Nora, si vamos a escribir una novela en conjunto lo mínimo que podemos pedirle a los participantes es que utilicen la modalidad de tercera persona.

Y ante esto, las palabras de Nora no fueron menos airadas.

—No me vengas a joder la vida, Cabezón. En tu puta vida has escrito ni una palabra en nuestras novelas de conjunto y ahora vienes a exigirnos normas.

El beso, siempre el eterno despertar del sueño. La calidez de la cual huía siempre la perfumada. Por eso llegó a Dedeas, huyendo de esos besos que al final la embaucaban, ¿cómo resistirse?, ni era estatua de piedra ni de sal.

En la mirada de Adán, Cándida advertía que la historia se volvería a repetir si se quedaba con él, el dilema se hacía más y más largo, ¿no era ese acaso el motivo de su llegada a Dedeas? Volver a ser objeto: ¡Jamás!, se levantó de un salto, un movimiento voluntario al contrario de lo que parecía. Al levantarse, a los ojos del flaco la huesuda parecía más gigante aún, Cándida empezó a pensar que quizás no tuviese razón el majo y se hubiese inventado lo de los “champignos”, sí, debía ser eso, una invención, ella conocía muy bien esa mirada de recorrido de mundos en los que para vivirlos plenamente solo bastaba dejar de vivir el real, dando paso al imaginario. Su pregunta, como siempre: ¿Hasta cuándo? Cuando la imaginación acaba en el peregrino aparece la cruda realidad el camino abierto sin más, con piedras, sequedad, frío, sol, lluvia, tormenta, amplitudes que se estrechan a lo lejos...

—¡Puto horizonte! —pensó— de ahí mi perfume, debe recordarme quién soy.

—Arriba, flaco —le dijo tendiéndole una mano.

Adán no salía de su asombro:

—¿Pero?... ¿Qué ha pasado?

—Nada, te estás poniendo cariñoso, venga, levanta, intenta sostenerte, he de irme y no quiero dejarte así.

—¿Dejarme cómo? ¿En pie? Vete, me hice ilusiones de que eras diferente, déjame en paz, tienes un problema.

—¿Yo? —los ojos de Cándida se abrieron como platos y se echó a reír—. Mírate, Adán.

—Sí, te lo digo en serio, entras con tu luz en la vida de los demás, lo embargas todo con tu perfume, no dejas espacio para nada más que un pensamiento, robas espacio, pero da igual y a quien se te acerca le privas del protagonismo... —pausó sus palabras, volvía a la realidad poco a poco, o al menos su estatura se iba compensando con la de la perfumada, pero prosiguió— y no solo del protagonismo: ¡Estrecha!

—Pero qué dices, flaco, tú tienes un problema, todos te han dejado tirado, yo me quedé

—Por eso mismo, te has quedado y ahora ¿te vas?

—Te ayudo a levantarte, es lo que puedo hacer, además de intentar poner algo de sal en tu vida, me alegra ver el cambio en esa mirada perdida que tenías, ¡Chaval, vaya cara de loco se te puso!

—Loco por ti —la interrumpió a la vez que se levantó, la inercia le hizo acercarse mucho más a ella, sus caras, por un segundo casi pegadas, de nada le sirvió a Cándida el intento de retirada. El beso llegó, un beso intensamente robado compartido entre el querer y el no deber, el mejor de todos.

—¿Quién es el ladrón de espacio ahora? —le dedicó una mirada de arriba abajo fugazmente y se volvió dejándolo solo, en mitad de la noche. Dio solo dos pasos y volvió la vista para mirarlo —. No me sigas, no lo intentes.

Adán no salía de su asombro. Sabía que una noche tan intensa como esa quizás tardaría en repetirse, pero ¡qué diablos, había besado a la perfumada! Y ¿No seguirla?...Imposible, la seguiría hasta los confines de lo infinito, de no ser por la mano, que desde la espalda le cogió del hombro, frenándole el intento...

Era el gruñón, Joaquín Gutierrez.

—¿De qué vais todos aquí, flaco?

—Coño, Joaquín, me has asustado, ¿también espiando?, vaya panda de cotillas.

—Cotilla, ¡eh! Tenemos que escribir, no andar por ahí, dale que te pego al “menea buyarengue”.

—Escribe tú, yo paso.

—Otro al que todo le importa un pimiento, ¿no?

—Déjame, gruñón. Ve a darle la vara a otro, que tengo cosas que hacer —dijo mirando hacia los últimos pasos que vio dar a Cándida.

—Así ni se escribe ni nada, cada uno a su bola, ea, sin normas.

Esta vez, el flaco no fue amable, se volvió a Joaquín, poco más que desesperado y le dijo con cara de pocos amigos:

—Sí, sin normas, anarquía, tío, te guste o no, ya vendrán los imperialistas a ponerlo todo bonito y se nos cortará el rollo. ¿Por qué no te vas a conspirar con el enano? Venga, venga no pierdas tiempo, que al amanecer será tarde —y se perdió en la noche susurrando al aire—. ¡Hoy es el día que ni un Cristo sabe lo que quiere! Da igual, ya vendrá un Alejandro magno cortando cabezas huecas, huecas, huecas, huecas —las últimas palabras las repetía dando una entonación musical de himno. Con esa burla pretendía que el gruñón no le siguiera, pero no fue así porque ni el Flaco ni el Cabezón se habrían nunca imaginado de ser sorprendidos por la presencia más nefasta, más fría, más hostil y más ultra distante de la Desorganización de Escritores de Dedeas: ¡Él!

Así que allí estaba, con esa mirada gélida detrás de los binoculares, aferrados con una mano por un lado y una gafa, un gancho en la otra, en el lugar donde alguna vez habría habido una mano.

—Cabezón... —le dije— te presento a Él, la tercera persona... si te pone algún problema, ya sabes, arréglate como puedas, porque yo ahora no tengo tiempo para historias...

Y mientras me daba a la carrera detrás de la perfumada, escuché muy claramente que Él, la tercera persona del singular, le decía al Cabezón, desafiante:

—¡A partir de ahora se hará lo que diga cualquiera! ¡Y no solamente eso: todo lo que suceda de ahora en más, lo narraréis como se debe, a través de mi persona!

—¿Pero, entenderán los otros escritores? —atinó a decir el Cabezón, muy manso —para mí está bien, si tú, perdón, si Él lo dice... entonces se continuará el juego en tercera persona...

pero digo yo... ¿del singular o vale también el plural? ¿Qué piensa Él, sobre el uso indiscriminado de Ellos?

Pues lo que menos se esperaba el Cabezón, era que Él le distanciase con total frialdad diciéndole...

—Ja, ja, ja, que lio nos estamos montando creo que se nos cruzan los envíos. ¿Alguien da pie? estoy deseando continuar pero entre todos:¡¡¡ Vamos compis !!!, que Dedeés, no es la misma si no estamos todos. Despertad, que se hace de día y hay mucho que escribir.

—Resumiendo —inició a discurrir ÉL (la tercera persona), siempre distante y conservando las distancias, hablando hacia un público que parecía lejano (o aturdido)— aquí no hay ninguna complicación... —Adán, luego de su encuentro con Cándida, la perfumada, acabó por correr detrás de ella y, en algún modo, volveremos a saber de ellos; el Cabezón se ha quedado a solas conmigo, el Narrador; y el resto de la compañía duerme, menos Nora, que está todo el tiempo en la computadora en espera de novedades. Por cuanto concierne al enano, puede ser que sepamos en las próximas horas por dónde se ha ido.

—Para mí está todo claro— afirmó el Cabezón —, lo que no entiendo es cómo seguirá esta historia, dónde vamos a ir a parar... eso es lo que me desconcierta.

—Si supiéramos esas cosas, no estaríamos aquí, ¿no crees?

—¿Y dónde estaríamos?

—Leyendo... solamente leyendo... y eso sería horrible... sin guasa ni cachondeos... ¡una tragedia!

—Entonces... ¿tú que sugieres?

—Seguir el rumbo de la Reina del Sur, la estrella que nos acompaña en esta noche interminable... y narrar lo que otros escriben...

—¿Entonces esperamos aquí a ver qué sucede con los otros?

—Es una posibilidad. No es que tenemos mucho tiempo y no se puede interrumpir una narración así como así... por ahora hemos escrito este párrafo... en las próximas horas veremos qué sucede, perderán el temor, supongo... en fin de cuentas es un juego no una historia de terror... el terror es no tener una historia para escribir, ¿captas la idea?

De modo que, sin decir más, los dos se sentaron sobre la arena de la madrugada fría, a esperar la carroza... algo debía ocurrir, podía sentirse en el aire...

—¿No te duele?

—¿Qué cosa?

—El garfio...

—No. Ya me dolió una vez, después basta.

—¿Y logras maniobrar bien?

—Sí, vamos, me es útil para escribir sobre la arena.

El Cabezón asintió, rascándose la cabezota, señal que cada vez comprendía menos.

—Yo sí tengo una historia para contar —dijo interrumpiendo Manuel Agustín Pérez Delaerre Alazeta, el cejijunto —, y si vosotros me permitís, una corrección para hacer, antes que sea demasiado tarde...

Él, (la tercera persona), se quitó un momento los binoculares y prestó atención a la llegada del cejijunto; también el Cabezón alzó la mirada, curioso.

—¿Por qué estáis llamando Cándida a la perfumada? Ese no es su nombre, es María Margarita Azucena Flower... parece que ha habido algo de confusión en estos lares.

—¿Sabes que estás en lo cierto? ¿Cómo fue que se ha producido esto? —preguntó el Cabezón.

—Ha sido Adán Buenosayres, el flaco...—aseguró Él, la tercera persona —lo traicionan sus sentimientos, para Adán ella es una flor bella, seductora y cándida, no me sorprendería que la llamase Rosa, Margarita, Jasmina... es lo que ocurre con los enamorados, a veces pierden el juicio, ¿entienden? Confunden el nombre de las personas, de las cosas... sienten perfumes donde no los hay y llaman a las cosas y a las personas con nombres estrafalarios... es como la embriaguez de las profundidades... ¿Habéis sentido hablar de esa enfermedad, verdad?

—Yo no —dijo el Cabezón, acariciándose perplejo el mentón desproporcionado.

—Ni yo.

—Es una enfermedad bestial, ¿saben?... Les voy a explicar...— respondió la tercera persona, haciendo caso omiso a la intención de Manuel Agustín Pérez Delaerre Alazeta, el cejijunto, por contar su historia.

—Había una vez un ratón... todo comenzó con él, más allá de las Ventanas Boreales, hace ya mucho tiempo...— comenzó Él a narrar, señalando hacia el cielo azul de Prusia, poblado de estrellas; como si el gancho que tenía por mano hubiese podido perderse también él, en la vastedad del firmamento.

Los brillos y destellos de las constelaciones, la luz de tantas estrellas sobre el Mar de los Reflejos le hacían vibrar las pupilas, obligándolo a ajustarse otra vez los binoculares al rostro.

Todos nosotros sabíamos aquello de las Ventanas Boreales, un fenómeno celeste que a una cierta hora de la noche se presentaba, allá lejos en el horizonte, superando las barreras frondosas de los bosques y la jungla. Algunos decían que eran solamente un espejismo, una ilusión óptica, otros hablaban de hechizos y supersticiones... el hecho era que, en algún momento de las horas más pequeñas de la noche, durante ese tiempo que se sucede a velocidad vertiginosa en la mente del que sueña, ellas estaban allí en lo alto: gigantescos haces verdes fosforescentes flotando en el espacio, diseñando con perfecta simetría los perfiles colosales de inmensas Ventanas como marcos de cuadros conteniendo perfiles de mudos significados. Y, dentro de ellos, como sombras fluorescentes, aquellas extrañas formas de siluetas... como de divinidades, las cuales desde el interior de semejantes fenómenos, pasaban su tiempo a observar cuanto ocurría dentro de nuestro mundo y, en particular, dentro Dedees. De allí su nombre Boreal Windows, es decir Ventanas Boreales. Algunos decían que eran las puertas de las constelaciones de Más Allá, otros afirmaban lo contrario, que eran un desprendimiento estelar de la constelación de Más Acá. El hecho era que, más allá de que se formasen más allá de Más Allá o más acá de las de Más Acá, quién más y quién menos (a decir verdad menos que más) afirmaban, a despecho de muchos otros, que un fenómeno de tal magnitud bien podía ser en fin de cuentas, inexplicable. Hasta el Flaco había sostenido una vez mientras escuchaba decenas de complejas explicaciones sobre el origen y las manifestaciones de las Boreal Windows: "no digamos sandeces".

De modo que, sentados los tres sobre otras tantas pequeñas dunas en la orilla de la playa, continuaron hablando, sumisamente.

—Imagínense, un ratón en cada escritorio, en las oficinas, en las casas, en las cámaras de los niños, sobre las mesas de luz, sobre las faldas; un ser que hasta entonces había sido siempre

despreciable, execrable, portador de males indecibles y pestilencias mortales, ahora era en manos de cualquiera y manipulado sin escrúpulos. ¡Guay a que se les perdiera el ratón! ¡Guay a estar sin el ratón! ¡Los ratones lo invadieron todo! Y contagiaron toda la raza humana, a Oriente cuanto a Occidente, con ese síndrome terrible: ¡la embriaguez de las profundidades!

—Pero, ¿qué era la embriaguez de las profundidades? —preguntaba ansioso el Cabezón.

—¡Eso!, ¿de qué se trataba... era una crisis, un temblor, traía la diarrea, hacía toser y escupir?

—¡Peor! ¡Mucho peor! —respondió con los binoculares fuera de las órbitas la tercera persona—. ¡Fue una verdadera tragedia que hizo tantos estragos y desmanes!... Fueron los siglos oscuros, la Edad Media de los años de la Gran Computación, la revolución de los todos los Calculadores y Elaboradores Científicos: ¡los Ordenadores de Escritorio! ¿Saben una cosa? Al principio, las personas parecían manejar el ratón con los brazos enyesados, arrastra para aquí, arrastra para allá, ándate por acullá, como si de un cepillo de carpintero se tratase... ¡Cuánta ingenuidad! ¡Cuánta inconsciencia! Los energúmenos sufrían de calambres y estiramientos en las muñecas, cosquilleos en la punta de los dedos, dolores atroces en las espaldas... ¡Impotencia prensil! ¡Incapacidad gesticular! Cosas terribles... y cada vez fue siendo requete más peor... de la barbarie de la plaga de los ratones se pasó a la invasión de las Aplicaciones, a los Programas Lógicos... la gente hablaba a solas con los Ordenadores... se apuntaban en comunidades intangibles, nacieron los grupos de Caradebook... se vivía pendiente de las vidas de los otros y de la propia, la existencia en manos de quién fuese... al inicio por pocas horas, luego se transformó en una verdadera enfermedad mental de gravedad desmesurada: así nació la idiotidad, la estupidilla, el boludendrum, a causa de la embriaguez de las profundidades... así fue como inició... y ya ven, ahora, fuera de Dedees son todos náufragos a la deriva, sobrevivientes del reflujo de Caradebook... muchos de ellos descerebrados, la vista extraviada, los sentidos fugitivos, el sentido de la realidad virtualizado... ah, sí... fue una hecatombe de proporciones dantescas...

—¡Qué historia! —exclamó el cejijunto, luego de un brevísimo silencio— quién lo hubiera dicho de la embriaguez de las profundidades... pues entonces esperen a escuchar la mía...

—¿De qué se trata? —preguntó con ansia el Cabezón.

—Pues... que había una vez un niño, un pequeño corriente desaliñado que trabajaba la tierra y los campos, un pequeñín malevo del norte... llamado Manolito...

—¿Manolito has dicho? ¡Dios nos libre y nos guarde!— exclamó Él, la tercera persona, esta vez rascándose él la cabeza con el gancho...

—Manolito, vivía en un pueblecito cercano a la frontera sus padres no eran gañanes del campo, habían huido desde el sur, de las garras del calor del campo sobre todo en los meses de verano, justo en la época que mas cantan las chicharras

—¿Que son las chicharras? —interrumpió el cabezón

—Uffffff, me dá que en Dedeés, hace falta un centro de catechidades, estamos muy refinados todos aquí.

—Un bicho, como los de las plagas de la biblia esa, del libro sin firma ¿no cabezón? —dijo Él (la tercera persona).

—Más o menos pero no interrumpirme tanto hombre, que soy cejijunto para que no se me escape la idea, más bien la historia, bueno, prosigo. Manolito vivía al frescor de la costa, en un Hostal-restaurant, junto al puerto. Sus padres lo regentaban a demás de pagar puntualmente la hipoteca al banco, (que si noooooó) y Manolito, como llegó la crisis pues se quedó sin hermanos y vivía allí con sus padres y los marineros que iban y venían. Unos se alojaban y otros, solo de paso, se tomaban el chato de vino, “pa olvidar”, decían, cosa que Manolito no entendía. ¿Qué había que olvidar? Pues eso, que olvidando, “olvidando”, a sus padres se les olvidó pagar el seguro del edificio y vino un temporal, horrible, tanto que se llevó por delante a los padres de Manolito y al edificio entero. No quedó nada de nada.

Suerte que Manolito se encontraba en el sur con su abuela, pasando las vacaciones de Naverdad, mundialmente conocidas, en aquellos tiempos, por la cantidad de bolas, abetos y regalos que circulan en esa fecha y ¿cómo no?, porque todo el mundo es “gilimbécilmente feliz” y “taco de güeña gente”. Ahí se salvó manolito de la catástrofe, pero no se salvó de tener que trabajar en el campo con su abuela, una viejita, que como fue una adelantada de su época no se casó con su abuelo y la pensión que le quedó después de enviudar fue una de esas que llamaban no prostitutiva, o era ¿no contributiva?, no me acuerdo, bueno una miseria ni para el pan le llegaba. Por suerte tenían el huerto y su abuela, viejales pero con el garrote en mano a todas horas, vivía y trabajaba allí siempre sola, hasta la llegada de Manolito.

Para la abuela no fue fácil el cambio, pero para Manolito tampoco. Había diferencia en la manera de hablar, en las costumbres, en el clima, en todo... Por si eso fuera poco ni siquiera

había un bazar de chinos donde poder comprar aunque solo fuese el cagoné del portal de Berdem, conocido en el sur como “El Tío Cagando”.

Manolito, el día que su abuela le dio el “aguilando”, o se dice aguinaldo, uffff que memoria la mía, en fin unas monedas que se regalaban a los críos en esa época. Se puso muy pesadito para que su abuela lo llevara al pueblo más cercano a comprar algo, (consumista que había salido el niño).

Su abuela le dijo que como tenían que ir andando sería un paseo demasiado largo y que aun siendo invierno, el calor pesaba, prefería que cuando viniese Juan el de la burra, el que traía el estiércol para la huerta, que lo llevase en burra, ella le pediría el favor.

Manolito, extrañadísimo, no pudo más que preguntar a su abuela:

—Abuela, ¿qué es una burra?

—¿Una burra, que... qué es una burra? Pues un burra, qué va a ser si no —la abuela no salía del asombro al contemplar que su Manolito tenía mucho que aprender. Hasta que aprendió, incluso al cambio de lenguaje se hizo conforme iba creciendo.

Otro día, mientras recogían tomates, bajo un sol de verano Manolito le dijo a su abuela al ver que habían olvidado el agua:

—Abuela que seé — (cuando se refería a tener sed).

Y su abuela le dijo:

—Pues to lo que sabes te lo he enseñao yo.

Y con esa cultura, esos tomates, esa burra y esa abuela Manolito llegó a los no sé cuantos años, momento en el que un día encontró, en un pueblito llamado Vejer de la Frontera, dentro la Taberna del Bandolero (en la callejuela que linda con los muros del viejo castillo) al rey de los bandidos, José María Hinojosa, más conocido como el Tempranillo...

—¡Hostias! —exclamó el Cabezón— Ya me veo el lío...

—¡Deja continuar al cejijunto su historia y no interrumpas! —reaccionó Él, la tercera persona, con fastidio.

—Pues, como estaba diciendo, Manolito se sintió inmediatamente embelesado con las aventuras de persecuciones, secuestros y robos del Tempranillo. Así que, sin siquiera pensar

en la vida dura y sacrificada de su abuela en los campos, le pidió de entrar en una de las tantas bandas que el malhechor mantenía diseminadas por Andalucía; más transportado por la emoción de esas vidas alocadas y rebeldes, que por el sano juicio de pensar en lo que convenía a su familia. Así comenzó el período más turbulento de su vida, obsesionado con las burras (pobres bestias a las cuales, cada vez que se le cruzaban, les daba de palos y cachiporras), molestando los campesinos desprevenidos, despojándoles de todo el jamón y ají que encontraba, pidiendo peaje a cualquier desventurado a quién antes se le había presentado como guía de caminos, dando pedradas a los negros carteles del toro de Osborne cuando escaseaba el quehacer; de modo que así Manolito consumía sus años, sin residencia fija, durmiendo en las caballerizas o a la luz de las estrellas, perdido por esas rutas sedientas y secas de la pobre Andalucía, sin lavarse más que para las fiestas. Poco quedaba de aquel niño desamparado y sufrido transformado en cruel forajido, solamente tanto vandalismo salvaje e ignorancia. Hasta que un día (o una tarde), errando por esos senderos de Dios, una carreta desvencijada se hacía camino trabajosamente en medio de la calura. Manolito, apenas divisarla, puso mano a la pistola y se abalanzó como un desaforado a la carga. Un viejo rocín al extremo de sus fuerzas arrastraba con inmensa fatiga, a arranques y frenadas sin ton ni son, la carreta llena de trastos viejos. A las riendas, en medio de la polvareda que el viento del Levante sacudía a su alrededor, una jovencita malhadada trataba de poner remedio al rumbo extraviado. Cuando Manolito (ya casi un Manolo) lo tuvo a tiro, inició a sosegar el galope y le vociferó como hacen los cuatreros: “¿Ors llamáis? ¿Adónde ors dirigís?” a lo que ella respondió, con un suspiro quejumbroso (al más que nunca Manolo, después de admirar la hermosura y fragilidad de la desdichada): “Estoy perdida... y me llamo Manolita, bandolero mío...” Demás está decir qué fue lo que sintió el Manolazo al escuchar que alguien lo llamase ‘bandolero mío’... “Disculpe, mi donzeia, el trabuco, ers que zi no lo iervo en alto, la pólvora me se derrocha entre los pastos...” Pues que el muy salteador no daba crédito a sus ojos, Manolita era una muchacha blanda y bellísima, con una abundante cabellera moruna sujeta en trenzas y cintas rojas, el rostro tostado por el sol, el cuerpo y todo el resto en su áureas medidas y cabaes proporcionas, las manos fuertes. Así que no tuvo más palabras que yo ors guiaré donde vos queráis y todo esa parafernalia, y en el primer rancho que Manolo encontró en las cercanías, a furia de tiros y pinchazos, se hizo con la propiedad y le prometió a Manolita todo el oro del mundo, aunque si lo primero que recibió a los pocos meses como peludo de regalo, fue la llegada del primero de una larga serie de Manolitos...

—Y, ¿qué ocurrió con la abuela? —interrumpió el Cabezón.

—¡Porca miseria! ¿Podrías dejar al cejijunto que narre en paz su historia?

—Bueno, calma... ya estoy llegando... qué decir, pues la abuela...

—La abuela, si homeé, gracias por recordarlo que se me olvidaba, se llamaba Paca, que cabeza la mía —volvió a relatar el cejijunto—, seguía en la huerta, no veía bien que su Manolito se tirara a los caminos de Dios, pero bueno, ¿qué podía hacer un chavalote con ella sola en la huerta?, ná de ná, por eso ella misma le dio los cuartos que tenía ahorrados, muy bien guardados dentro del colchón de paja, que le servía de cama y que solo había que cambiar de año en año, para la siega del trigo. Así que cuando Manolito le contó que se iba a ver mundo la abuela con faldiquera (Bolsita de trapo, para guardar dinero) en mano se dirigió a Manolito diciéndole así:

—Teeeeeeeeeeeees quiero maaaaaaaaaaaaá que amizojooooooooooooooooo , te lo juro compañero. Pero como no me acuerdo como sigue la copla, aquí tienes Manolito: los ahorros de mi vida, a ver en que los inviertes, hijo, que yo esperaré aquí, mientras el garrote me sostenga. Ven a verme alguna vez.

Manolito no daba crédito ni a sus oídos ni a sus ojos, con lo tacaña que era su abuela. ¿Cómo le daba el dinero? Y con lo contenta que estaba de tenerlo de “compañero”, ¿cómo le decía que se fuera?, no lo entendía. Pero por si las moscas, antes de que Paca, su abuela se arrepintiera cogió la faldiquera y unas cosas en un hatillo y se fue. Ya sabemos que anduvo rodando de venta en venta hasta hacerse bandolero.

Paca, que parecía que iba a vivir mil años, seguía esperando a su Manolito y tanto al amanecer como al atardecer, subía a la loma alta a ver si por el camino veía venir a su nieto. Años pasaron hasta que un día una banda de bandoleros llegó a la huerta de Paca. Era ni más ni menos que la banda de LUIS CANDELA, que se retiraba de los andaluces caminos para asaltar a los madrileños y ligarse a las madrileñas.

Paca lo reconoció enseguida, era conocido por su guapura y las dotes de “Donjuan”, que andaban de boca en boca, (recordemos que “frasebu” no se había creado aún y las radios estaban muy caras), así que Paca, desaviadilla (sexualmente)(falta de cariño, amos) que andaba la pobre mujer, le abrió las puertas de su huerta, por si él quería algo de la vieja, que dicen por el sur, que las gallinas viejas hacen muy buen caldo.

Luis entró con los suyos y cuando se percató del panorama, iba a darse la vuelta para seguir camino, cuando vio una foto de Manolito y lo reconoció como compañero de fatigas solo que en banda rival. Por aquel entonces el sindicato de bandoleros funcionaba muy bien, las bandas de bandoleros eran más “colegas” que “rivales”, y se sorprendió, dirigiéndose así a Paca:

—Ar zascandí este lo conozco yo

—Es mi nieto, Manolito —dijo paca anonadada.

—Po no ha tenío suerte er chavá ni ná.

—Se ha expropiáo un cortijo y allí anda con la manolilla y una tribu de manolillos, amos que de aquí a unos años, con el clan de los Manolos no va ha haber guapo que se meta.

Paca, más asombrada aún, petrificada diría yo, no daba crédito y dijo:

—Mi manolito, ¿ya con churumbeles?

—Digo

—¿Y dónde está ese cortijo?

—Er cortijo de los “MIMBRALES”, mu cerquita de aquí entre Almonte y Gibraleón.

Luis Candela y los suyos partieron para Madrid, eso sí, Paca le dio un jamón y una garrafa de vino, pá el camino, en agradecimiento por su información y empezó a cavilar...

Así anduvieron Luis Candela, el rompecorazones, y su chusma por los caminos, hasta dar días después con el cortijo de los Mimbrales, en las afueras de El Chaparral.

—Vamos, que está bien poblado ese rancho —dijo a los suyos, cuando a lo lejos vieron una escalera de Manolitos corriendo alrededor de la finca.

—¿Cuántos hijos tenían el Manolo y la Manolita para entonces?— preguntó el Cabezón.

—Pero, ¿qué importancia puede tener?, déjale que cuente... —se lamentó Él, la tercera persona.

—Déjalo, tiene que ver... Pues escucha: cinco. A saber: el Manolete, el Manolillo, la Manuelaza, el Manolero y el pequeñín Manolín— respondió Manuel Agustín Pérez Delaerre Alazeta, el cejijunto.

—¿Estás satisfecho ahora, cabezón? —afirmó enfadado Él, la tercera persona—. Luego no comiences a preguntar cuál Manolo hizo qué cosa, ¿entendido? Y tú, cejijunto, continúa que está llegando el alba... y... a propósito, ¿dónde estarán la perfumada, Adán y el enano a estas horas?

—Sin prisas, primero déjame terminar esta historia...—dijo el cejijunto y continuó a narrar.

Así que, los tres, sentados sobre la arena, a esa hora de la noche en la cual, con una cierta alternancia, alguno se despabilaba para hacer sus necesidades; unos ligeros y a las corridas, otros con más ahínco y parsimonia, algunos directamente en las aguas del Mar de los Reflejos, otros en la espesura de la selva, entre plantas frondosas y raíces escondidas, y a fin de cuentas, mientras ellos se deleitaban con la narración, uno que otro se agregaba momentáneamente al grupo para escuchar, quién con más interés que otro; de modo que algunos se unieron interesados para hacerse recíproca compañía y los demás, volvieron al mundo de los sueños que habían dejado a medio terminar, más ligeros de espíritu y sin otros padecimientos, ni de vapores ni de hinchazones. En resumidas cuentas, ahora eran casi como quince o veinte (o veinticinco) a compartir la narración.

Decía pues a esas alturas el cejijunto que Luis Candelas, el rompecorazones, junto a su banda y el clan de los Manolos, una vez reunidos en sana alegría y festejándose durante una semana de fiestas y canciones a pierna suelta en los Mimbrales, —la niñada y la chusma a tirar navajas, culos de botellas vacías y piedras calizas a los desventurados toros de Osborne— Manolo y su bellísima Manolita, (quien a pesar de la proliferación de partos conservaba sus encantos y sus proporciones, que si bien no siendo a esas alturas ya más áureas, tampoco eran menos cabales), al final acabaron por dormir todos mezclados y despatarrados, por varios días, la mona y la chifladura, tirados en los yuyales.

Y fue en ese punto que el énfasis del cejijunto se hizo sombrío.

Taciturno.

Como el de quien busca las palabras justas y encuentra, ¡ay de él!, las menos apropiadas.

—Pues que de ahí a menos de un año— continuó con nerviosismo —Manolita dio a luz al Manolerdo, un pequeñín que les nació así, con ciertas deficiencias y algunas minusvalías y Manolo, que para nada era un quedado para las cuentas, atando cabos y fechas, fases lunares y situaciones, comenzó a sospechar que en alguno de esos días de muchos meses atrás, vaya a saber cuándo y cómo, en cuál estado de enajenación y barbarie, su dulce Manolita y el cabrón de Luis Candelas, el rompecorazones, quizás llevados por la jerga, por la bebida, por la lujuria o por la disolvencia de símil bacanal, en esa especie de inconsciencia y enajenación desfachatada... ¡se habían echado, sin darse cuenta, un soberano polvo!

—¡Porca vacca! —exclamó el cabezón.

—¡Per la miseria! —se dejó escapar Él, la tercera persona —así que de perdidos al río...

—... más que de perdidos al río, a buscarse y tirarse la sangre a fuerza de navajazos...

Y de allí en más, el cejijunto desovilló el hilo final de la triste historia de Manolo y su amor deshonorado.

Describiendo con precisos detalles y sin incurrir en exageraciones indebidas, los excesos de la abuela Paca quien no ahorró ni garrotazos ni reprimendas ni injurias ni mucho menos maldiciones, a la desventurada y distraída Manolita, cuya única culpa había sido una exacerbación fortuita de los sentidos, vaya uno a saber por qué, tal vez a causa de la ebriedad, del descuido, o quizá la carga de una vida solitaria, los partos como una rutina en sus sagrados deberes conyugales.

"¿Cuál demonio habría podido poseerla para arrebatarla en razón y en concepción, durante aquellas malditas jornadas de jolgorio y libertinaje desenfrenado?", se preguntaba y a su vez interrogaba a sus oyentes el cejijunto. "¿Qué oscuras tentaciones y deseos otrora reprimidos, la habían llevado a aquel estado de ligereza de la mente, lejos de toda gracia y confesión? ¿Era que Manolo, en su abundancia de forajido, no le había concedido los honores de una prole numerosa y feliz? ¿Tal vez le había hecho faltar de alguna cosa (alimento, nutrimento, trabajo, esfuerzo, ocupación, menesteres), motivos por los cuales, cualquier otra mujer (no solo ella), habría sentido la necesidad de cariño y ternura o, tal vez, otra clase de seguridad y protección?".

La abuela Paca había sido clara con Manolo:

—Todo bicho que camina va a parar al asador—, y este había sido el mandamiento al cual Manolo había hecho tesoro, agrandando y robusteciendo el árbol familiar, generando más manos para el trabajo, más brazos para los campos. Dejándose atrás una juventud alocada y delictuosa, dedicada a los secuestros, el pillaje y el hurto desenfrenado.

"¿Y todo para qué? ¡Puerca!", le gritaba la abuela Paca dándole de garrotazos a la pobre y desahuciada Manolita.

Todo se vio perdido en la finca de los Mimbrales. Las cosechas y el trabajo de los terrenos se dejaron para siempre, por la convalecencia de Manolita en primer lugar y en segundo, por la ausencia prolongada de Manolo, quién había dejado la propiedad y se había alejado hecho un demonio, lanzándose a campo traviesa con el cinturón repleto de navajas, cuchillos, pistolas, un matagatos nuevo, el garrote de la abuela Paca y pillado la hoz y ligado la rastra del heno a la

silla del Furia, su indómito caballo de los tiempos en los que se había ocupado del bandidaje rastrero.

Durante las semanas siguientes, a lo largo y a lo ancho de la pista de los bandoleros, que desde las afueras de El Chaparral llevaba entonces hasta los suburbios de Pau de Carabanchel, en Madrid, fue una masacre. Carros y carros llevando constante reposición de fajas, vendajes, medicinas, sanguijuelas, cintas adhesivas y las recientemente inventadas 'Curitas' a las ventas, los hospitales e, incluso, hasta en los tristemente célebres negocios de tabacos, los Estancos.

Manolo no hizo cumplidos a ninguno. Buscó y encontró uno por uno a los secuaces del Candela y sin hacer ascos ni decir esta boquita es mía, cortaba, tajaba, pinchaba y trincaba, garroteando a diestra y siniestra todo tipo de protuberancias, excesos y argumentos...

—¿Les cortaba también los...? —preguntaron azorados algunos de los oyentes.

—Haceos una idea... —respondió lacónico el cejijunto, —todo, menos los dedos...

El revuelo, siguió contando el cejijunto, fue tal en las calles, en los barrios, en los bares, en las plazas y en las esquinas de la Capital, que las autoridades se vieron obligadas a intervenir. Fueron prohibidas las ventas de jamón ibérico y en general de todo tipo de quesos y longanizas; se decretó con urgencia un menú de guerra a base de sopa, verduras y hortalizas, se impulsó el uso de cucharas y se prohibió, so pena de tortura y penitencia, la tenencia y utilizo de cuchillos o instrumentos de corte, incluyendo por extensión, el deambular errático casa por casa de los afiladores a pedal.

Pero, claro, Madrid no era Andalucía.

Todos los madrileños (y los madridistas), salieron a la calle a protestar a voz en cuello y la sublevación popular no se hizo esperar.

¡Todo, menos cerrar las ventas del Museo del Jamón o prohibir los pinchos y las tapas!

¿Quién habría tenido el coraje, la gallardía, de beber una clarita con la sopa de puerros?

Nadie.

Al menos en Madrid.

La gente no hacía más que escupir y toser después de probar las sopas.

Así que al grito unánime de: 'Al carajo con el Manolo', éste se encontró atrapado entre miles de fuegos. Era el criminal más buscado en toda la península. A punto estuvo el Candela de llevarla franca si no hubiera sido que Manolo lo encontró en el único lugar donde sin lugar a dudas su archienemigo y compadre ocasional podía haberse escondido: el barrio viejo de Madrid. Algunos dicen que fueron los gitanos los que lo entregaron, otros acusaron a los senegaleses por la cuestión de las propinas del aparcamiento y no faltó quienes echaron en el calderón a los curas por las ofertas de las procesiones o a los marroquíes por la cuestión del lavado de los parabrisas en los semáforos.

Dicen los que lo vieron, que si no hubiese sido por la intervención milagrosa (que por otro lado siempre lo es), de los gendarmes de la Guardia Incivil, la cosa habría terminado en una carnicería. No obstante ello, el Candela perdió sus protuberancias y atributos como así también todo tipo de excesos por una ráfaga perdida del matagatos.

Manolo terminó detrás de las barras.

Las multas por desorden público y desmanes fueron exorbitantes. Las cuentas por fajas y vendajes y gastos de hospital, insanables.

No obstante hubiese limpiado la región de bandidos y alacranes con su gesto de demencia, nunca pudo recuperarse de la pena infligida: pan, sopa y berenjenas por años, sin ajo.

Manolita y todo el resto de los Manolíos se trasladaron a Madrid, un poco para asistirlo y otro poco porque así andaban las cosas en ese entonces, la cuestión es que hasta hoy se pueden ver a simple vista por esas calles de Dios las consecuencias de tanto Manoleo.

—¿Y la abuela Paca? ¿Qué fue de ella? —preguntó el cabezón.

—A Dios gracias ella está bien, un poco achacada por los años...

—Pero, no entiendo, ¿cuántos años tenía la abuela Paca?

—Tiene, cabezón, tiene. Lleva sus años y sus males, como todas las cosas...

—Pero... entonces, ¿Manolo y su familia están viviendo todavía en Madrid?

—No, eso sí que no. Apenas Manolo recuperó su libertad los echaron a todos para Barcelona, pero no sé muy bien dónde están a estas alturas...

—En Barcelona, mmh... —murmuró Él, la tercera persona —esto es más que una historia, esto es una primicia...

—Barcelooooooooooooooooonaaaaaaaaa, Barcelooooooooooooooooonaaaaaaaaa —detrás de los matojos venía caminando el enano y cantando como así había decidido. Cantar de nuevo y a quien no le gustase debía aguantarse o ponerse tapones en los oídos.

—Ea, mira quien viene, el que faltaba —dijo el cabezón.

—¿Otra vez haces de tenor resfriado, enano? —fue la respuesta de Él (la tercera persona).

—Já, ya quisierais tener mi voz melodiosa —respondió con mofa el enano y prosiguió—. Qué temprano y ya despiertos, ¿teníais pulgas en el colchón?

—Te has levantado chistoso, ¿eh? —fue el comentario del cabezón— anda para de cantar que estamos contando historias, no veas cómo es la historia del cejijunto.

—Uf, mi abuela Paca sí que sabía de historias, bueno, y sabrá, digo yo. Hace tiempo que no la veo. En realidad es mi bisabuela, pero todos la llamamos abuela Paca —añadió el enano.

El cejijunto, que desde que apareció el enano no había abierto su boca ni para respirar, se sorprendió tanto que los ojos se le abrieron de par en par, hasta su única ceja se elevó dividiéndose en dos, todos los pelos del cuerpo se le erizaron. A Él (la tercera persona), no se le pasó por alto la reacción del cejijunto y pensó: esto promete, me las veo venir.

De un salto se levantó el cejijunto de su asiento improvisado en la arena y sacudiéndose dijo: —Bueno, chicos, me voy a dormir, que tengo la boca seca, seguramente incluso la lengua tendré que poner en la almohada para que descanse.

—No nos dejes con la historia sin acabar, que parece un episodio de FALCON CREST, yo quiero saber como acaba —dijo el cabezón.

Él (la tercera persona), se dirigió al Enano:

—Enano, ¿cuál es tu nombre?

—¿Y eso qué más da?

—Curiosidad, simplemente.

—¡No jodas! —exclamó el cabezón, mirando boquiabierto también al Enano.

—¿Más alucinaciones?, ya tuvimos bastantes con las de anoche del flaco, digo yo —respondió el enano—. Además, no entiendo por qué me miráis así, ¿tengo monos en la cara acaso?

El Enano no entendía la reacción repentina de los tres, siguió una retahíla de preguntas, la mayoría sin respuestas por parte del Enano.

—¿ Se puede saber a qué viene tanto interés por mí, así de repente?, anoche os burlabais de mí incluso hace unos minutos y ahora ¿qué?, no os entiendo y no pienso contestar hasta que no me expliquéis de qué va esto. ¿Qué ha ocurrido esta madrugada?

—Olvidalo, Enano —dijo el cabezón levantándose del suelo y perdiéndose hacia los bungalós con el cejijunto.

—Siéntate aquí, Enano —invitó amablemente Él (la tercera persona)— si me dices tu nombre al oído prometo no decirlo.

—Que no -dijo el Enano tomando asiento a su lado.

—¿Tan feo es el nombre?, no te avergüences hombre, al fin y al cabo los nombres no los elegimos nosotros, nos lo colocan nuestros padres nada más nacer y hala, para toda la vida.

—Me llamo...pshibisbhis....

Las palabras que susurró el Enano al oído de Él (la tercera persona), reafirmaron la teoría que los tres, habían imaginado, pero que ninguno se atrevió a abordar abiertamente. Un silencio corto pero tan intenso que parecía haber parado incluso el rumor de las olas, se hizo en el ambiente.

—Te he dicho mi nombre y has prometido no decirlo —rompió el Enano el silencio— ahora te toca a ti explicarme a qué viene esa sorpresa en vosotros.

—Verás, Enano, hemos pasado la noche aquí contando historias a la luz de la luna. Justo cuando tú has aparecido, el Cejijunto nos tenía embelesados con una historia que ocurrió en Andalucía, extendiéndose a Madrid y llegando a Barcelona. ¿Te dice eso algo?

—Me suena a recorrido por España.

—¿Y si te digo que comenzó con un niño llamado Manolito, que después de criarse con su abuela Paca, se hizo bandolero, se caso con una bella mujer llamada Manolita y tuvieron cinco hijos, siendo el último deforme, y con un nombre algo parecido al tuyo, por no decir igual? ¿Te suena ahora?

—¡Dios!, como se puede ser tan torpe —exclamó el Enano—. ¿Y?... entonces, ¿Cómo se llama el cejijunto, quien ese tío?

—Manuel Agustín Pérez Delaerre Alazeta.

—Mierda, mierda, mierda.

—Enano, explícate mejor.

—Será posible, no me escapo ni con alas, esto no puede ser —desconcertado el Enano cabeceaba de izquierda a derecha, con las manos puestas en las sienes.

—Enano, desembucha o enloquecerás —dijo Él (la tercera persona)—. Esto me suena a secreto y estará a salvo conmigo, te lo garantizo.

—A salvo dices, ¿qué sabrás tú?, no tienes ni idea de lo que es mi familia, con decirte que creo que soy el más normal, puedes hacerte una idea.

—Te creo.

—Mira Él, analiza el juego de palabras del nombre del cejijunto.

—Sí, el apellido Delaerre Alazeta me suena como a vasco pero un poco tergiversado ¿no?

—Bueno ahí empezó todo, pero no refería a esa parte. Atento lo desglosaré: Manuela Gustín Pérez es mi hermana.

Él (la tercera persona) se sorprendió más aun y eso ya era difícil, pero llegado este punto ya esperaba cualquier cosa.

—Tengo una hermana, que quería ser hombre en lugar de mujer, en Madrid huyó de casa, y nadie ha sabido de ella nunca más, dejó una nota que decía así: “Me voy por propia voluntad, no buscarme por favor. Voy en busca de un ratoncito Pérez al que le sobre un diente con forma de pene y me lo quiera endosar, por aquello de darme un gustín en esta vida de penurias y marginaciones que me ha tocado vivir”. Es ella, te lo aseguro, a la nota me remito.

—Esto es increíble.

—Lo increíble, Él (tercera persona), es que yo llegase a Dedeés, huyendo de una sociedad que no comprendo y que ella, que tan claro lo tenía, también eligiera el mismo destino.

—Enano, ahora sí que tengo que poner a descansar mis neuronas, perdona pero me voy a la cama, aunque lo más seguro es que no duerma.

—Recuerda, de esta conversación ni pío, me lo has prometido.

—Puedes estar tranquilo, Enano, tu secreto está a salvo conmigo.

Él (la tercera persona), se fue camino a su bungalow, más desconcertado que sorprendido. Estaba seguro que mantendría su promesa. Ni él ni el Enano se dieron cuenta que la perfumada estaba oyendo escondida tras unos matorrales...

—¿Estás seguro que sea él? —susurró la perfumada a Adán, desde su escondite entre el follaje.

—¡Absolutamente! No creo que sea una coincidencia, ya verás su reacción... —y en un santiamén, Adán de un brinco se interpuso entre Él, la tercera persona, y la puerta del bungalow.

—¡Me has asustado! —se lamentó Él, la tercera persona, alzando el puño izquierdo del garfio en actitud defensiva. La perfumada se acercó tímidamente, a espaldas del flaco—. ¿Qué hacéis a estas horas del alba sin dormir? Deberíais tener un poco de moderación con vuestras correrías... ¿Qué habéis estado haciendo durante las últimas dos horas?

—Yo también tengo una historia para contar... —respondió con voz firme Adán— y tú seguramente muchas más que todos nosotros juntos; si nos dejarás satisfechos, te contaremos también la nuestra... —y extrajo del bolsillo trasero del tejanero el Iphone Ñ, y alzándolo en el aire, se puso a buscar conexión.

—¿Qué os proponéis con ese adminículo?

—¡Te vamos a desenmascarar, sabes? —le espetó María Margarita Azucena Flower, la perfumada—. Adán ha estado atando cabos acerca de ti y tu interés por las historias... dice que tú eres el rey de las terceras personas, que tú las has inventado, que no es posible que por cada cosa que dices o se dice de ti, se deba aclarar todo el tiempo: 'dijo Él, la tercera persona'... Vamos a terminar con este delirio... el flaco está convencido que tú eres el rey de los cantamañanas...

Él, la tercera persona, se quedó observándola con ínfulas, como solía hacer todo el tiempo con el resto de los otros chicos, mientras no perdía de vista los gestos que hacía el flaco con su Iphone Ñ. Evidente Adán estaba buscando conectarse a la red Guaifai-Fri de Dedees, pero ¿con cuál finalidad? Se sentía agotado y sin fuerzas a esas horas de la madrugada, necesitaba descansar, ¿podía ser posible que esos dos —Adán y María Margarita— no estuviesen nunca

cansados de corretear? ¿Qué era lo que pretendían cerrándole el paso? ¿Qué habían estado haciendo aquellos dos en medio de la noche entre las montañas?

Todavía Él, la tercera persona, tenía fresco en su mente el momento transcurrido después de medianoche en el cual Adán, llevado por el delirio digestivo del Dulce de Leche, en su imaginación había logrado escalar hasta el pináculo de Punta Pezones y, más allá de su evidente estado de espejismos y fantasías gástricas, la perfumada, estremecida por el avance incontenible de los gestos prensiles del flaco en su ascensión hasta la erguida cumbre, le había exclamado, medrosa:

—¡Adán, me estás tocando las tetas!

Y luego, después, de cómo Adán había lentamente tomado consciencia, mientras desvariaba respecto a las peripecias y extravagancias sufridas al atravesar la atmósfera y los efluvios embriagantes de las forestas diseminadas sobre el Monte de Venus, el cosquilleo de las profundidades, el rumor subterráneo de aguas y canales del subsuelo. ¿Qué estaban tramando esos dos? ¿Con cuáles aparentes e inminentes revelaciones le estaban impidiendo irse a descansar? ¿Con cuáles otras chifladuras?

Finalmente el flaco pareció haber logrado conectarse a la bendita Guaifai-Fri de Dedees, porque se acercó nuevamente hacia la perfumada y comenzó a leer en voz alta lo que evidentemente contenía un texto en la pequeña pantalla.

Él, la tercera persona, restó enmudecido del asombro al escuchar aquella lectura, así como sobre cuánto las palabras de Adán en medio de la playa y de la noche estaban revelando, un misterio celosamente escondido por Él, la tercera persona, y por el cual, quizá cuántas aventuras habría vivido con la esperanza de mantenerlo en sigilo.

Debajo la pálida cúpula de las constelaciones de Más Acá y de Más Allá, con la perfumada che observaba impertérrita el pasaje de la Reina del Sur en el firmamento mientras oía recitar en alta voz la lectura del flaco, bajo el influjo de los brillos titilantes del Mar de los Reflejos perdiéndose en el horizonte, el increíble secreto escondido de la historia de las historias, comenzó a descorrer sus velos.

Y Adán leyó, lentamente, enfatizando cada frase cuánto sigue...

"Cuando se reconoció el armada del Turco, en la dicha batalla naval, el dicho Miguel de Cervantes estaba malo y con calentura, y el dicho capitán... y otros muchos amigos suyos le dijeron que, pues estaba enfermo y con calentura, que estuviese quedo abajo en la cámara de la galera; y el dicho Miguel de Cervantes respondió que qué dirían de él, y que no hacía lo que debía, y que más quería morir peleando por Dios y por su rey, que no meterse so cubierta, y que con su salud... Y peleó como valiente soldado con los dichos turcos en la dicha batalla en el lugar del esquife, como su capitán lo mandó y le dio orden, con otros soldados. Y acabada la batalla, como el señor don Juan supo y entendió cuán bien lo había hecho y peleado el dicho Miguel de Cervantes, le acrecentó y le dio cuatro ducados más de su paga... De la dicha batalla naval salió herido de dos arcabuzazos en el pecho y en una mano, de que quedó estropeado de la dicha mano."

—¡Santa María Margarita Azucena Flower, la perfumada del Toboso! —exclamó, Él, la tercera persona, (que ya no lo sería más...) —. ¡Y vos, el muy hidalgo y nunca tan bien merengado Adán Buenosyres de la Mancha! ¿Cómo habéis hecho para adivinar mi ilustre procedencia, puesto en luz mi gloriosa ascendencia y revelado mi mismísima desmesurada pasión por las innumerables facetas y artimañas que de la castellana lengua me endilgo? ¿De cuál artificiosa procedencia habéis escrutado un texto tan de tiempos idos y no por ello menos suasorio?

—De la biblioteca online de la isla: Dedeespedia... ¿Qué te había dicho perfumada, amiga mía? Tengo el honor de presentarte al magno, al ilustre, al descollante don Miguel de Cervantes Saavedra, el manco de Lepanto, el Príncipe de los Ingenios, y el creador de las excepcionales e inusitadas aventuras del hidalgo más famoso de los tiempos de la noble caballería andante, Don Alonso Quijano y su escudero Sancho Panza, Don Quijote de la Mancha... ¡qué pluma, qué genio, cuánta sabiduría feliz en su total ausencia de quicio!

—¡Santa constelación de los Caramelos! Finalmente nos podrás contar de tus prisiones en Argel... —exclamó entusiasta la perfumada.

—¡Ay de mí, gentil doncella de lunares esplendores! ¡Cuántos dolores, cuántos padecimientos y azotes, cuánta desdicha y soledad! ¡Qué historias de aporreos y cuánto garrote vil! Sentaos, venid junto a mí, y os narraré bajo el influjo de estas estrellas con lujo de detalles y esmeros, acerca de la traición del moro en mi primer intento fallido de fuga hacia Orán y de cómo afronté a fuerza de sostener que esta lengua no era mía, por salvar el pellejo y la suerte de mis

temerarios compañeros de galeras... escuchad y callaos, que también el silencio y la maravilla les sentará más que bien, a vuestros trasnochados cerebros... — y así diciendo, el manco de Lepanto se quitó el inútil garfio e, invitando a los chicos a sentarse sobre la arena, una mano dentro de la otra, empezó a narrar con los ojos perdidos más allá de la luna... con el alma lanzada al inaferrable territorio de los más ancianos recuerdos...

Otra vez todos en la arena —se iba diciendo así mismo el enano, mientras daba un paseo, sin saber a dónde— al final acabarán todos con los culos escocidos y lo malo no es eso, no, lo malo es que acabarán con el retén de emergencias de la loción de aloe vera y a ver qué hacemos los demás cuando apriete el calor.

Nora, desde bien temprano, con su portafolios a punto, paseaba también por la isla, dando un vistazo, atenta como siempre, verificando que realmente la isla de Dedeés se estaba promocionando como era debido, pese a la mente calenturienta del Flaco, las tetas de la perfumada, los canturreos del Enano, las historias de la abuela Paca, rescatadas de las cejas del cejijunto/@, pero... ¿y el cabezón?, de el cabezón poca constancia tenía Nora de que hiciese algo más que escuchar. Así, un poco extrañada, y absorta en ese pensamiento, casi tropieza con el Enano:

—Ups, perdón, Enanín, que casi te atropello.

—Claro, como soy tan pequeño, nadie me ve.

—Pero se te oye, no te preocupes...

—Y eso que aún no he empezado la canción que traía en mente, como me motivaste a cantar, toma, te la dedico en primicia:

Ya veniiiiiiiiiiiiimos

De la playaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaa

Mi mujé, está mu morena

Y yo vengo, mosqueao

Con el culo lleno areeeeeeeeeeeeeeeeeeeena

Chim-pom.

—Que cosas tienes, ¿de dónde te has sacado eso?

—De mi “recuerda-pédia”.

Nora comprendió que al Enano, pese a su tamaño, le faltaba espacio, más que espacio, estantes, tinta, papel y esos menesteres, útiles en la isla solo si el sistema se iba a tomar viento fresco. Anotó en su porta-folios unos garabateos rápidos, como era habitual en ella, y de nuevo se dirigió al Enano:

—Sabes, por casualidad, ¿dónde está el Cabezón?

—Se fue con el Cejijunto hace un rato —intentó disimular, el trago que le producía nombrar al Cejijunto/@, pero lo de/@, era secreto del Enano y ÉL, la tercera persona, que ya no se llamaba así. Ahora le decían Don Miguel.

—Bueno, seguiré buscándole, si le ves, ¿te importaría decirle que me busque?

—Ya se lo digo, si le veo, no te preocupes.

Cada uno siguió una dirección, el Enano canturreando la misma coletilla y Nora con dos pensamientos al unísono. Por un lado ofrecerle al Enano la posibilidad de dar vida a su “recuerda-pédia” y por el otro, la curiosidad, de que el Cabezón no contara historias. Al fin y al cabo todos los “locáres” que llegamos en su día a Dedeés, lo hicimos, porque teníamos algo que contar.

Al final del camino de las higueras, Nora encontró al Cabezón, éste al verla intentó darse la vuelta para esquivarla, pero Nora Le llamó de un vozarrón:

—Joaquíniiiiiiiiiiiiín, alias Cabezón, alias Gruñón, espera un momento por favor.

El Cabezón se paró en seco, imaginando que se le venía “la gorda encima”.

—En tu tono, percibo mucha amabilidad Nora, ¿no es así? —dijo irónicamente.

—Pues sí, la verdad, contenta me tienes.

—¿Se puede saber qué he hecho yo ahora?

—Nada.

—¿Entonces, Nora, a qué viene ese enfado?

—Pues mira, Joaquín a eso vengo, a hablar contigo y que lleguemos a un acuerdo de una vez.

—No sé a qué te refieres —dijo el cabezón haciendo el intento de girarse y evaporarse.

—Espera —Nora lo agarró del brazo y le explicó mirándole fijamente a los ojos—. Creo que sí que lo sabes. Me he dado cuenta que estás muy callado, como si no tuvieras ninguna historia que contar, pero las oyes todas, no sé cómo te las arreglas. Tengo que recordarte, me parece, que este “milagro” es solo para la isla de Dedeés, ¿lo sabes, verdad?

—Acaso, ¿me acusas de algo?

—Solo has intervenido una vez, si no recuerdo mal, para decirle a los Dedesiános como deben escribir, cosa que nunca los convertirá en Dedesóres, y a partir de ahí te deje bien claro que cada cual es libre, y tú has cerrado pico, me resulta sospechoso, ¿Qué quieres que te diga?

—Imaginaciones Nora, son tus fantasías y nada más.

—Espero que así sea, Joaquín, o cabezón, o gruñón, llámate como quieras para despistar, pero como obligación mía que es quiero que sepas, que si mis temores no son fundados, entonces...

Entonces, no pasó absolutamente nada, en los días sucesivos.

Eso era lo que resultaba extraño, la nada, nadie sabía nada, nadie hacía nada, ni el enano cantaba con sus pamplinas y tonterías habituales.

En el aire empezó a oler de un modo diferente, ya todos investigaban, los unos a los otros. Los exploradores nuevos bancos de arena que no estuviesen marcado de tantas sentadas repetitivas. Hasta Joaquín parecía que buscaba en el horizonte del infinito mar que algo se acercara ya fuese un barco o un tiburón, le daba lo mismo, le habían acusado injustamente de lo que no era, el cabezón tenía sus secretos pero no era un espía de los sueños de los demás. Solo los oía, no pretendía capturarlos. ¿Capturar? Y por qué no.

Así, dejó la mirada lánguida para otro día y fue a la intimidad de su bungaló a ordenar, todo lo que había visto oído e incluso sentido o imaginado. ¿Cómo podría plasmarlo sin riesgos de tergiversación ajena?

Nora mientras, fue hablando con los demás, eso sí, de uno en uno evitando así motines, pues ¿qué sería del futuro de Deés, si un amotinamiento se apoderaba del control?

Ahora, todos tomarían algo más de conciencia, del destino que eligieron, justo cuando decidieron venir a Dedeés, así como de los motivos que cada uno tenía en sus recuerdos y vivencias.

El (la tercera persona), el flaco y la perfumada, seguían en la playa debatiendo que Miguel, fue, más que nada construyendo acertijos, pues Él, (la tercera persona), no acababa de afirmar quien era. Barajaban a Cervantes, también a Miguel de Unamuno o incluso (por qué no), a Miguel Ríos. Lo que no podían ni imaginar es que, probablemente, eso quedaba por verificar aún, que se tratase de Miguelillo el butanero, el que conocía junto a Pepe el cartero, todas las historias de todas las vidas.

De hecho, a la mañana siguiente a aquella interminable primera noche en la isla de Dedeas, el enano se destapó con la revelación de las revelaciones: Él, la tercera persona, era nada más y nada menos que el farsante de Miguelillo, el butanero (el amigo del otro malandra de Pepe, el cartero), que aduciendo conocer la historia de todos (¡qué ingenuidad, como si fuese tan fácil en Dedeas conocer las vidas de los otros, que nunca se daban por aludidos!), y todas sus narraciones de falsedades, había logrado inmiscuirse de polizón entre los chicos de la isla sin que nadie se diera cuenta.

Adiós, entonces, a la ilusión de oír de boca del mismísimo Miguel de Cervantes sus trágicas aventuras, adiós a los sufrimientos de sus galeras en Argel, de la verdad de sus hermanas, a las que las malas lenguas llamaban con desprecio 'las Cervantas' por su afición a cobrar indemnizaciones de matrimonios no contraídos y otros indescritibles servicios... Así que hasta más vernos, con el Don Quijote y las sandeces de Sancho Panza o las eternas deudas de Don Miguel, que lo habían obligado a ejercer el vil oficio de recaudador de impuestos, marcando de ignominia su presencia en la región que, por esa razón entre otras, no pudo evitar de continuar a llamarse La Mancha.

Miguelillo, el butanero, probó aún otra vez, explicando que había querido decir Miguel de Unamuno y al final, se despachó con un tal Miguel Ríos, a quien en Italia no lo conoce ninguno.

En fin, la situación había degenerado en la típica ensalada sevillana. Un poco de esto y mucho de aquello, otro tanto por partes desiguales y a bailar y divertirse, antes que llegue el alba y las risas se duerman, ebrias de estrellas y lunas crecientes.

Por esas y otras tantas razones, la perfumada no había hecho más que llorar durante todo el día siguiente y Adán se la pasó toda la semana entre los montes, que no paraba de correr por toda la isla en busca del mentado Miguelillo, el butanero, para aporrearlo como debido.

Mientras tanto, con el pasar de los días, el malestar de Joaquín, el cabezón, se acrecentaba, continuando su deambular desasosegado y solitario, por las playas más apartadas de la isla.

Por supuesto que él llevaba una historia dentro de sí, más ¿cómo llevarla a la luz? ¿A quién le hubieran importado los sentimientos que en su corazón se enmarañaban?

Había sufrido siempre su timidez. Jamás le había sido fácil describir sus emociones. Era un chico rudo, mezclaba las buenas con las malas palabras, a veces sin motivo, dónde no debían en algún modo pronunciarse, o al máximo, hacer a menos de algunas expresiones.

Había crecido lejos, allá en las tierras olvidadas del sur, en la desembocadura del Río de Argento hacia el Océano Mayor, dónde las personas se llaman entre ellos 'boludo' o 'hincha pelotas' y '¿qué carajo estás diciendo?' es la pregunta del día. Gente que más que hablar (ellos lo llaman putear), al parecer no saben hacer otra cosa. Una constante destrucción del lenguaje con tonos soberbios o despreciativos, porque nadie es contrario a que en algunos casos 'la madre que lo parió' esté bien dicho, pero por la misma madre (que además de parir, es siempre es una sola y la única santa), algunos insultos son posibles en determinadas situaciones. No como lo hacía él, así, de rompe y raja: 'esto es un quilombo' o '¿qué mierda estás diciendo?'.

No hay nada que hacer, las malas palabras no encajan bien.

No suenan bien ni boludo ni pelotudo ni me lo paso por las pelotas o ¡a mí, que carajo me importa!

Y por otro lado resulta agresivo, o más bien irrespetuoso, y es sentido por el lector o el oyente como un exceso de confianza.

No obstante estas falencias en su lenguaje y de relación con los otros, Joaquín, el cabezón, era un pan de Dios.

Estaba siempre a disposición, era, ¿cómo se podría decir?, un gauchito, un ser ingenuo y siempre cordial, al alcance de todos. Escuchaba y leía con atención, con sincero respeto, aunque a veces, claro, abría la boca y parecía una cloaca, pero ya todos los conocían y no le creaban fastidios.

Era sí un poco bestia, pero no un salvaje.

—Hola.

—Qué carajo, me asustaste.

—Lo siento, es que te he visto desde la colina que caminabas sin rumbo, solitario por la playa.

—¿Por qué mierda te llaman la narigona?, yo no veo que tu nariz sea tan grande. Parece una almendra chiquitita.

—Gracias, Joaquín. Me llamo Soraya. Tampoco tú pareces tan cabezón, de perfil.

—¿Entonces? ¿Por qué lo de narigona?

—Porque de niña me chupaba los mocos y después me los comía.

—Che, qué despelote.

—Sí. ¿Tú no te chupabas los mocos de niño?

—Cuando era pendejito, sí. Aunque igual me quedó la costumbre de ponerme los dedos y hacer bolitas de grande. ¿Ahora vos te los seguís chupando?

—No, ¿bromeas?, ahora soy más mujercita.

—Se ve, estás un kilo. Yo me chupaba el dedo gordo del pie y comía tierra.

—¿De verdad?

—Te lo juro.

—Yo jugaba a la cocinera y les hacía tortas de barro a los varones, y los muy tontos se las comían... me he divertido tanto haciendo de madre...

—Qué boludez... pero eran lindos esos tiempos, che. Jugar a las bolitas, a la rayuela, remontar los barriletes y los cometas hechos de papel de diario y el armazón de cañas; hacías un agujero en la tierra, marcabas con yeso y tiza las baldosas y la diversión estaba servida, las fogatas de San Pedro y San Pablo, las papas asadas con cáscara...

—Y a las muñecas, a las escondidas, al veo veo, a la ronda, a saltar con la cuerda, a la hamaca...

—A hablar por teléfono con las latitas de duraznos y un piolín, a los exploradores, a la mancha, a tocar el culo a las chicas, ¿te acordás?

—Erais unos atrevidos...

—Qué época... en vez ahora están todos en Caradebook. A mí no me va esto de las computadoras, ¿sabés? Yo estaba acostumbrado a ir al bar, pedirme mis cafés y escribir en cuadernos comunes, con el diccionario de siempre, robado en alguna librería... ¿vos prestás los libros?

—Pídeme lo que quieras, menos eso. Los libros no se prestan.

—A mí me pasa lo mismo... ¿de verdad te puedo pedir lo que quiera?

—Eres un pícaro.

—Y vos estás un kilo y dos pancitos.

—Tengo que volver a mi bungalow.

—Esperá un poco. ¿Sabés?, yo ya sé que soy un poco grosero, pero es mi modo de ser, no soy capaz de matar una mosca.

—Lo sé, y yo tampoco lo soy, si es por ello.

—Necesito decirte una cosa, Soraya. Es muy importante.

—¿Es muy importante para quién?

—Para los dos.

—No quisiera desilusionarte, Joaquín...

—Yo te quiero.

—Eso hay que verlo, cabezón.

—¿Vos me querés?

—Tal vez, un poquito sí.

—Y entonces, ¿qué carajo hay que ver?

—Por empezar, tienes que mejorar tu lenguaje, estudiar.

—Pero, yo soy así, ¿qué querés? Seré un gil, pero es mi forma de ser...

—Si quieres que te quiera debes quererte a ti mismo primero. El amor hace posible todas las cosas. Nos permite mejorar, superar nuestros defectos, tú no eres así... te han hecho creer que eres así, que eso es ser auténtico, natural, pero en realidad, ello no significa que lo seas. Si tu sentimiento es verdadero, cambiarás, por mí y por ti. Te gradará utilizar un lenguaje más universal, hará que otros te comprendan, te sentirás más comprendido, en definitiva de eso se trata, escribir para ser comprendido...

—Yo te quiero, Soraya. Te quiero mucho.

—Pues comienza a demostrarlo.

—¿Te tengo que dar de Usted?, dejate de joder...

—Adiós, Joaquín.

—No, pará... perdón, espera... Yo te amo.

—Eso ya suena mejor.

—Yo te amo, Soraya. Y estoy reloco por ti. No hago más que pensar en ti todo el tiempo.

—Vamos progresando... cariño.

—¡Me dijiste cariño! Entonces, ¡vos me querés también!

—Vuelve a estudiar las conjugaciones y luego hablamos. Adiós, Joaquín.

—¡Chau, mi amor! Quiero decir... luego vengo a por ti al bungaló, o como sea que se diga...

—Me haces gracia... ¡Chau? ¿Qué es quechua? Hasta ahora.

—¿Te puedo dar un beso?

—Sí, corto y en la punta de la nariz.

—Te quiero mucho.

—Yo también... yo también iré al baile esta noche. ¿Tú vendrás?

—¿Estarán todos?

—Claro, todos los que quieran.

—Entonces yo también estaré allí, Soraya, a por ti. Te lo juro por mi vida.

Todos, se preparaban para el baile de la noche mágica. El feo, no había entrado en la sociabilidad, como los demás Habitantes de Dedeés. Cuando apareció lo hizo de incognito. Se procuró al llegar a la isla un escondite, del cual nadie absolutamente pudiese tener conciencia, nadie debía saber que existía. Hasta que Nora al fin lo encontró, la explicación que pudo dar a Nora fue el relato definitivo.

Encontré el mecanismo para entrar en los sueños de los humanos. No me horrorizó, lo único que no quería visualizar era mi propia imagen, no la quería ver. Por ello y porque mis experimentos necesitaban de algún que otro ensayo, se me ocurrió hacer el disfraz de “pesadiya pétrea”. Lo fabriqué con masa de pan que bien embadurnado con savia de caucho blanco y ante la expectación de quien lo contemplase, finalmente lo confundiría con frío mármol. Los viejos zancos de madera, que aún conservaba de otras épocas, cuando me exhibían por mi fealdad, también ayudaron a realzar a la bestia.

¡Soy un engendro, disfrazado de otro engendro y la soledad auto-impuesta es mi condena! Ese era la letanía que usaba para aterrorizar, pronunciada con matices de voz de ultratumba, inentendible también.

No escogí al flaco precisamente por casualidad aquella noche. Fue su pasión por la Perfumada lo que me arrastró a meterme en sus sueños. Mi admiración por la persona que encierra la Perfumada, me impidió ensayar con ella, saber lo que soñaba y sentía, tuve que hacerlo a través de mi antagonista. Al fin y al cabo, pasaban mucho tiempo, juntos. Pude vivir el enamoramiento del flaco hacía ella, así como percibir cómo la Perfumada a pesar de sus instintos, se negaba a ser objeto de nadie, mucho menos de un ser tan feo como yo.

Ella hermosa, yo horroroso. Yo no quiero que me miren, ella no quiere que la toquen. Susurros serían solamente, sentimientos con aire de brisa fresca. Poesía. Quizás un beso de ojos cerrados..., dado, jamás robado. Un compartir, un estar presente, una amistad. Me engaño a mí mismo, sé que no me conformaría. Sólo son restos de dobles, triples..., múltiples condenas. Al fin querría más, pero: ¿querría ella también lo mismo?

No. No entraría jamás en sus sueños, ni en los de nadie más. Por fin me encontré a salvo, enfermo de desamor y soledad, pero a salvo de mí mismo, hasta que tú me has descubierto.

De nuevo mi maldita existencia, la búsqueda de esa mujer a la que no se si amo o admiro, quizás no sea la mujer, sea la persona, no lo sé, jamás lo averiguaré, me niego a usar la máquina de los sueños. Maldito mecanismo.

Por todo lo que te he contado, Nora, te Imploro ¡piedad!

Justo en ese momento, Margarita Flower, entró en el escondite, no le dio tiempo al Feo de cubrirse el rostro, cuando la Perfumada, que ya había embriagado el ambiente se dirigió al Feo, reteniendo a Nora que hizo el ademán de salir.

—Sí. Soy yo, podría llamarme Faustine, pero me llaman Margarita, Cándida, Perfumada, en otros lugares la Guapa, Incluso de más joven Tía-buena. Una vez me llamaron Fea y fui feliz, dejé de sentirme ese diamante que luce en el escaparate de alguna joyería sin cristal de protección. Ese diamante al que cualquiera puede robar, tocar o ensuciar, sólo por gusto. Un diamante, para siempre, cuando pretendía ser flor y caducar. Los diamantes no tienen sentimientos, yo sí. Los diamantes no sueñan, yo sí. Llevo toda mi vida soñando con alguien tan bonitamente feo como tú.

Nora, oyente a la fuerza de todo aquello, quiso esbozar un suspiro pero de sus labios solo pudo salir:

—“¡POR LA INVENCION DE MOREL!”. Juro que esta historia ha de ver la luz. Por cierto tenéis que decidme vuestros nombres para la posteridad.

—A mí llámame como quieras...—dijo el Feo— o mejor, hoy me siento Alfred Mercurio Cromo.

—Yo fui feliz con el nombre de Cecilia Delacruz Asuúca.

Toda esta sinceridad parecía el fin de la historia, todos sincerados y Nora solamente una simple espectadora, una cajita de secretos, de las verdades del flaco y de los delirios de la Flower.

Este es el principio del fin, todos colocaron su granito de arena, pensó Nora, hicieron los mejores esfuerzos.

Estaba contemplando la posibilidad del milagro, quiso hacerlo por todos, pero solo dejó que volaran su imaginación, se han recogido los mejores capítulos de las historias en la isla de los Dedees, impresionante. Ya Nora corrige, pagina, piensa en la portada, cuenta con los mejores aprendices, quiere que todos pasen a la posteridad, lo mejor es la voluntad de ellos de seguir en el anonimato.

Mañana será el gran día....

¿Cómo olvidar el baile de despedida? Imposible, esta noche en plena entrada del solsticio del trópico del cangrejo, la fiesta debe continuar, pero el broche debe estar regado con un buen vino, que la organización guardaba para la ocasión y le dio permiso a Nora para ponerlo a enfriar.

Aquello más que Dedeés, parecía Triana en plena madrugada del paso del día de “Señó Santiago a la Señá Santa-Ana” Esa noche mágica y bruja, sí, las doce de la noche de la madrugada del 25 al

26 de Julio. Cómo no podían faltar invitados al evento allí se encontraron, Pareja-Obregón, Lola-Flores, Rocío-Jurado y tantos y tantos más... Pero el que no pudo, como siempre evitar arrancarse por Sevillanas, como era habitual en él cuando el público le pedía con clamor: ¡OTRA! ¡OTRA! ¡OTRA!..., fue el Pali, que desde su silla de enea así cumplió con la petición de su querido público, ¿Qué sería de un artista sin su público?

Sevilla tuvo una niña, y le pusieron Triana.

Le echó el agua vendita el párroco de Santa Ana.

Vaya un bautizo con arte, mucho vino y alegría,

mucho vino y alegría.

Y allí aprendieron los moros, el cante por bulerías.

(Perdón Pali, si te ofendo al copiar tu letra.

Cuando nos encontremos hacemos cuentas, un besito)

Fabulosa noche, noche loca, de farra y vinos, quesos y tapas, la LOLA como nunca espléndida bailarina, la Rocio juraba que estaba en retiro, pero sigue siendo imponente y gallarda.

Filigranas y escotes, colores por doquier, amiguismo y entusiasmo, todos alrededor de la tarima, Nora estaba espectacular, gozaba y reía, su gracia en la presentación del gran día, el día en que se realizó el MILAGRO, misión cumplida.

¿Milagro? Sí, un milagro que despertara una de las habitantes de Dedees que llegó tarde a la isla y se la ha pasado entre dormida, pasmada y mena.

—¿Y tú quién eres? —preguntó Nora, cuando la Calabaza en tacha se apareció en la meseta de las Guerras Floridas donde se realizaba la fiesta, después de que la despertó el jolgorio de la Noche loca.

—Soy Cosssettete, alias Tacha.

—¿Y cómo llegaste a Dedees?

—Me viene en una barquita, isleando, por eso me tardé tanto.

—Aquí sólo pueden estar los convocados e inscritos que traigan su maleta de letras y su guardadito de adjetivos y metáforas. ¿Tú eres de estos?

—Inscrita sí, pero no tengo eso que dices ¿qué es?

Todos los Dedeesianos se acercaron a ver que pasaba, menos la Perfumada y el Feo que no se dieron cuenta porque se fueron a platicar atrás de un ahuehuete, hasta la música kariocana se quedó en silencio.

La tacha hizo un puchero ¡no la habían invitado al baile de despedida! Quería llorar. Nora le dijo que no podía invitarla a la despedida porque no la había visto ni para darle la bienvenida.

—Es que tenía miedo de que me vieran en Dedees —dijo la Tacha, no sé cómo le hacen para hacer todo lo que hacen. A veces medio atontada me acercaba con cuidado para que no me vieran y escuchaba escondida como platicaban y no me atrevía a salir, me avergonzada. Entonces me volvía a mi tejabán, porque ni bungaló me tocó, a ver si recordando, aprendía y ojalá encontrara de dónde sacan tantas palabras. Creía que a fuerza de oír ya le andaba encontrando la punta a la hebra, cuando apareció Él (la tercera persona) y me sentí más perdida y me dije: ahora sí, ¿qué es eso de tercera persona? ni cómo ayudarme. Pensaba irme la otra noche y la de ayer, aunque fuera en panga o si no, nadando, pero me ganó el sueño y la desidia -que siempre me ganan- y me quedé dormida hasta que escuche los gritos y cantos de la fiesta.

Desperté, y espero que la fiesta no se termine ahora porque...

¡Qué noche, por el amor de la constelación de los Caramelos y la Nube de Peluche!

—¡Qué kilombo infernal! —vociferaba el Cabezón.

Jarana, petardos, piedras, escupidas, mojar de orejas, muecas, burlas, chistes, eructos, pistolas de agua, carnaval, máscaras y sombreros de barcos...

—¡Pfiuu! —gritaba el Cabezón—. Esto es la joda loca! —risas y más risas a orillas del Mar de los Reflejos.

¡Toda Dedees vestida y engalanada de fiesta!

Estruendos, fuegos de artificio, tortas y galletitas de chocolate, helados...

¡Santo cielo y cuánto pero cuánto helado del bueno!

Frutas, Coca Cola y Clarita con limonada, papas fritas y turrone, Big Macs...

¡Chorizos! ¡Morcillas! ¡Langostinos para tirar para arriba!

Pitos, flautas, cintas de colores, matracas, bolitas de vidrio y a correr y jugar como desaforados por los bosques, revolcarse por la arena, hacer castillos y fuertes, jugar a la pelota... ¡Y qué pelotas! ¡Y cuántos globos! ¡Cubrir con la arena de la playa los culos de las chicas! ¡Qué desparpajo!

Y qué manera de tirar besos, mamma mía... en las mejillas, en la nariz, sobre las manos, por la cabeza...y a pellizcar y tirar las trenzas y revolver el cabello, levantar las polleras de las chicas, darse de babuchas... ¡sin freno!

—¡El último que apague la luz! —gritaban todos.

—¡El que no se tira un pedo es un gil! —alardeaba el cabezón, espantando a todos alrededor.

Y Nora estaba radiante con su disfraz amarillo de pollo gigante.

Llegaron turistas en barcos, lanchas, helicópteros, montgolfieres, barriletes, canoas... a nado o flotando sobre cajones de gaseosas y envases de huevo.

Si al inicio de la presentación de la Isla había habido más de chiquicientos chicos, ahora, entre nativos e invitados eran ¡un pedazo de gente! ¡Una marea! ¡Venían las verrugas en las manos de contar personas!

Llegaron estrellas de todas partes: José Mercé, Paco de Lucía, Angelina Jolie, George Clooney (sin la Canalis, porque se habían escupido de lo lindo), Lady Gagá y toda la parafernalia, el enfermo de Mick Jaeger, Vasco Rossi (gordo y desafinado, como siempre) y ¡quien tenga más, que se ponga!

Qué diversión, qué jolgorio, qué barullo desesperado...

Sin embargo, no todo era alegría y muchos lloraban o se tiraban por el suelo, se agarraban de los pelos y pataleaban... nadie, en fin, quería que la fiesta terminase y hasta se habían formado, aquí y allá, grupos de Indignados (hasta los extremistas del Tercer Dedo), y otros de Indigestos, con carteles y pancartas:

La joda debe continuar - A mi juego me llamaron - El último cola de perro - Libertad para Peter Sellers - Desparramados venceremos - La Isla, unida, jamás será vendida - Pis y caca, la mano negra no perdona - Sevilla no es un lugar serio, para nada - El himno Nacional es flamenco - Quién me quita lo bailado - ... y todo tipo de disparates y mil demostraciones de energía juguetera y bulliciosa.

Pero sobre todos, había una niña, sola solita, tímida y apartada, llegada a Dedeas atravesando el Océano Mayor y el Mar de los Reflejos, soportando la intemperie de la luz de la luna y la luz coloreada del azul de Prusia del infinito firmamento. Hacia ella se acercó Adán Buenosayres, el flaco, dejándose atrás todo el rumoreo de la chusma.

—Cossettete... —le susurró inclinándose hacia ella, distendida sobre la hierba— alzáte y ven conmigo, voy a hacerte ver una cosa, es un secreto que guardo en mi bungaló— y le bisbiseó al oído —¿te gusta el Dulce de Leche?

Cossette, se secó las lagrimas con el revés de su mano y miró al flaco. ¡Qué guapo!, pensó. Sabía que existía un postre llamado dulce de leche que por cierto a ella no le hacía mucha

gracia, pero se debatía pensando, ella quería ir a la fiesta en lugar del bungaló del flaco, pero ¿Cómo, si no era invitada?, pensó unos segundos más y al fin se decidió.

—Adán, llevo mucho tiempo sola, Mas triste y sola que Diana Navarro, por lo que agradezco tu invitación, ¡cielos!, y encima eres guapo, pero llévame a la fiesta al menos como tú acompañante, así quizás me dejen entrar. ¿Lo intentamos?, nunca estuve en un “Colmáo Flamenco” y quiero aprender a tocar las palmas, la caja, taconear, oír como cantan. Porfi, ¿me llevas?

—Bueno ¿si lo prefieres?, pero no te garantizo la entrada, yo intentaré colarte y tú no armes escándalos, que pueden echarnos a los dos.

—Sí, sí, sí —en sus infantiles ojos se veía que eso no iba a poder ser pero Adán, el flaco, sabía que siempre había excepciones y que tal vez no los echaran, por muy gorda que fuera la trastada, le ofreció la mano a Cossette, la tacha y juntos se dirigieron al recinto del festival.

Nora, que en realidad tenía órdenes de hacer cumplir las normas, se hizo la sueca, pobre tacha, al fin y al cabo una niña inocente y asustada ¿qué peligro podía traer?

Cossette y Adán, hicieron su triunfal entrada cogidos de la mano, no observaron como el Cejijunto (en secreto Manuela Gustín Pérez), miraba a tacha. El Enano sí que se dio cuenta pero ¿cómo intervenir?, su hermana, su propia hermana, ella había cambiado tanto que no era reconocible, pero el enano seguía igual. ¿Por qué su hermana no intimó con él? De haber sido así las cosas hubiesen sido de otra manera pero los hermanos a veces parecen todo menos eso. Pero ¿hubiera sido si mejor si Manuela Gustín Pérez intimara con su hermano?, quién sabe. O si al menos le hubiera echado un lazo. Pero nada. El Cejijunto alias Manuela o ¿es al revés? no dejaba de observar al Flaco y a Cossette o Cossete (con las SS que quieras con una o dos tres EEES puedes tachar las letras que quieras, es igual por eso le dicen Tacha), pensando de dónde diablos había salido esa niña medio esmirriada con cara de arrobo, que no dejaba de mirar al Flaco como si fuera Elvis Presley. Lo que más le llamó la atención es que habiendo tantos dulces, paletas, helados, buñuelos, tamales, pasteles, pays, alegrías, conos, tamarindos, cachetadas de limón, colaciones de cilantro y demás delicias, la Tacha traía un morralito del que sacaba una bolitas como de esponja y no dejaba de comerlas, alcanzó a escuchar que les llamaba "chivitas" ¿chivitas? las chivitas al monte, pensó el enano, se veía entre cansado y celoso, tal vez pensó que la isla estaba bien sin él. O tal vez que su presencia y constante vagar corriendo por los senderos, cantando todo tipo de canciones, no llamaban más la atención de nadie.

Sí, el enano estaba muy triste. Muy angustiado y solo. Sin inspiración, desganado.

Sumido en esas sensaciones y pensamientos tristes, cada vez se alejaba más de la fiesta y del jaleo, y se internaba en la soledad de los bosques, colina arriba. Proseguía, sin por eso estar intencionado a seguirles, el paso lento y parsimonioso que bien adelante llevaban Adán y Cossette.

Por momentos los divisaba allá lejos, él llevando un frasco enorme debajo del brazo y ella que le escuchaba como embelesada, arreglándose constantemente el cabello detrás de la oreja.

El enano no estaba celoso ni sentía envidia, había escuchado breves frases sueltas de aquél diálogo lejano, algunas expresiones de Cossette: "muy sola...", "sin alegría...", "siempre tan incomprendida..." y algunas respuestas que le daba el flaco, como si tratase de consolarla: "verás que ahora todo andrà mejor...", "aquí en la isla estarás a gusto, hay mucha gente buena, ¿sabes?" y cumplidos por el estilo.

Finalmente, después de muchísimo andar, habían dejado atrás la arboleda y se habían adentrado en el Parque de los Cactus.

¿Qué pensaban hacer el flaco y la Tacha en medio de esos parajes desérticos?

En un cierto punto el enano se sintió desorientado y perdido, ¡todos los cactus le parecían iguales! Un ramo en alto y otros más pequeños, como los policías cuando dirigen el tránsito.

Un paisaje inmóvil y yermo, bajo la cándida luz de las estrellas.

La reina del Sur estaba siempre allí, marcando el paso de las constelaciones sobre el firmamento nocturno, relucían con claridad aquéllas lejanas de Más Acá y la más cercanas, las de Más Allá. Todos los cactus y plantas que el enano encontraba a su paso, pinchaban. Las piernas, cortitas y regordetas, se le iban llenando de una picazón afiebrada.

Finalmente, llegó a un espacio donde la vegetación pareció dar espacio a un terreno amplio que, al descubrirse, lo dejó con la boca abierta y fue desde allí que sintió las voces sumisas de Adán y Cossette...

Voces o susurros eran un decir, porque ni siquiera lo eran.

Lo que el enano escuchaba detrás de los matorrales, eran más bien arrumacos y mohines, gemidos, bisbiseos...

¡San Mar de lo Reflejos!

¡Esos eran los inequívocos rumores de un besuqueo!

¡Un chispear de labios y suspiros en el silencio de la noche aislada!

Con ansiedad apartó algunos yuyos lastimándose los dedos y clavándose espinas en los brazos hasta que finalmente los vio y... no podía dar crédito a sus ojos: ¡Adán lo había hecho otra vez!

¡Se estaban chupando los dedos!

¡Cruzando un brazo con otro, se pasaban una cucharita de Dulce de Leche y se hacían miraditas pícaras el uno con la otra!

¡Cuándo se lo contase a los demás!

¡Si Nora los hubiese visto a esos dos desfachatados!, escondidos en medio del Parque de los Cactus, pasándose la cuchara de una boca a la otra, relamiéndose los dedos, los ojos fuera de las órbitas, él contando las estrellas con el brazo alzado, ella mezclando las chivitas con el dulce, una detrás de otra, sin parar, desatada de gula!

Rato después, Cossette lentamente se irguió en pie y, llevándose las manos al pecho, cara al cielo y con una voz meliflua de ángel se puso a cantar: Cucurrucucúúú paloma, cucurrucucú no llores... y el flaco a hacerle el coro: las piedras jamás, paloma, ¿qué van a saber de amores? y ella le respondía con toda la languidez de que era capaz, pregonando a la luna del medio: Cucurrucucú... y con otro cucurrucucú, le respondía Adán y ella cucurrucucú, y él otra vez cucurrucucú, y ambos al unísono: cucurrucucú, paloma, ya no le llores...

—¡Pj! ¡Pj! ¡Pj! ¡Pfiú! —onomatopeyaba al final el flaco, como quién dispara pistoletazos perdidos en la noche.

—Canta Cossette, canta chamaquita isleña... ¡Pj... Pj... Pfiu! —repetía soplándose el humo invisible de los dedos, las piernas arqueadas por el peso de una cartuchera llena de sueños, el sombrero de niebla hasta por los ojos.

—Guadalajara, Guadalajara, Guadalajara...—arrancó él flaco entonces, luego de la canción de la paloma, y ella, la Tacha, con esos ojos de ensueño le replicó con Cielito lindo, los corazones...

El enano los oía maravillado cantar Te rompo el alma, La cucaracha, la cucaracha y Canta y no llores; Adán corriendo si freno y escondiéndose de un tiroteo salvaje e imaginario detrás de las plantas agrestes y pinchudas, Cossette fascinada por los efectos milagrosos del Dulce de leche que le hacían cantar de ese modo, con esa voz de sirena.

Hasta que sin querer, al enano se le escapó un ¡Hay! al aire por culpa de una espina que le había pinchado la nalga. Adán no se dejó sorprender. Velozmente se puso en guardia, girándose con el dedo pronto a hacer fuego al menor movimiento entre las matas. La Cossette interrumpió asustada su cantar, cubriéndose con el frasco ya casi vacío de dulce, sin más chivitas en el cargador.

—¡Ándale, cabrón! ¡Quién anda por allí a estas horas? ¡Sal al descubierto o, por la luz del Mar de los Reflejos, que te lleno el culo de chumbazos, charro!...

El enano no quería salir de atrás de los yuyos, pero sabía que los chumbazos eran casi siempre incurables y sobre todo, muy dolorosos cuando daban en el culo, así que prefirió ponerse a la vista de el Flaco, vista nublada por el humo de tantos pistoletazos.

—¡Soy yo! Gritó a tiempo, ya que Adán estaba afinando la mira con su estetoscopio especial de visión nocturna imaginal. ¡Soy yo, no dispaes!

—¡Para qué te escondes, méndigo, ni que no pudieras venir con nosotros a la cantada.

—Fue sin querer, no era mi intención seguirlos. Pero, ya ni la haces Flaco otra vez con el Dulce de leche, sabes lo que ocasiona y si no estoy aquí ¿quién los ayuda? ¿A ver, dime? Y tú, Cosette, muy distraída con la guapura del Flaco ni color te das. ¿A poco vienes de la nube de peluche, o recién te has dejado de chupar el dedo? Se ve que o que no conoces las normas de Dedeas o te haces ¡que si Nora se entera...!

—Ya, no te enmoñes pequeño, el más pequeño de los Manolitos, si lo que quieres es estar con nosotros pos'vente, ándale vamos a seguir cantando, le pidió Coseetete. Yo nunca he sido afinada pero algo tiene la luna de en medio y el aire prusiano de esta isla que canto como Paloma ¡me escuchaste, hasta parece mi voz la de Ángela Peralta!

—Qué Luna de Prusia ni que aire medianero, ¡es el Dulce de Leche! Mezclado con esas bolitas de uncel ha de hacer peor el efecto... a propósito Tacha ¿a que saben las chivitas?

—...Mmm...saben a cine matiné con permanencia voluntaria, a infancia en vacaciones, a la feria de los leones en pleno mes de los aires, a tarde de futbol...mmm son delisuper. ¿Qué, nunca las has probado?

—No, sólo veo que las sacas de tu saquita , ¿me das a probar?

Cossssettee metió la mano y luego el brazo como revolviendo el agua, finalmente la cara buscando una chivita pero ¡oh desilusión! no quedaban ni las cucarachitas cafés que desprenden a veces.

—Ya no hay nanodemialma, me comí las últimas con el Dulce de Leche.

En eso estaban cuando Nora , sin enterarse de la trastada del Dulce y que andaban fuera de la meseta de las guerras de flores, salió en el arca. Necesitaba ir a la isla de Poro a pescar hielo en estrellitas del pozo sin fin, los Dedeesianos en su jolgorio habían dado cuenta de todo el hielo que era para los raspados de carambola, jugando al tiro al blanco y a guerritas invisibles.

En eso se escuchó un zumbido...no, un chiflido, más bien parecía como el sonido de la bruma cuando atora su melena en los cactus del Parque. Era el murmullo de la soporización que empezaba a cubrir la isla, los habitantes, unos por andar jugando a las pelotas, otros por mirones y Adan, Cosseette y el enano por la profunda plática sobre las chivitas no se dieron cuenta. Los que estaban más altos o subidos en los plátanos empezaron a caer primero, luego los medianos, luego los que estaban bailando el famoso baile de cabeza, nadie se escapó de la soporización. El Flaco y la Tacha cayeron antes que el enano por ser altos y por la barriga llena de Dulce de leche, el enano los vio caer y alcanzó a gritar dos sílabas que nadie oyó.

Sobre la isla, silencio; las constelaciones no se veían ni había nadie que pudiera verlas, los reflejos se perdieron del Maar, lo único que traspasaba la soporización era la luz de la Estrella, la Reina del Sur.

Se necesita un milagro para salvar a los Dedeesianos... tal vez Nora en el Arca pueda rescatarlos en pares...

—¡Estrella, Estrella! —gritó Nora cuando regresó a la isla y se dio cuenta de lo que pasaba...¡Estrella!...Reina del Suuurr... ¿puedes ...u...mil.....rooooo?

La Reina del Sur, escuchó la plegaria...pero. ¿Cómo?, el genio de la imaginación interrumpía en sus poderes. ¡Ya! se irguió firme la Estrella en el cielo, muy, muy, alta y centrando todo su brío

en un único rayo de luz que sería el último, quizás, o quizás no, dicen que las estrellas viven casi eternamente y utilizando su fuerza de Súper-nova, iluminó a Alfred y Cecilia, que eran los que no se habían soporizado aún. Cecilia al ver la “Luz” miró hacia ella y fue como una posesión, su aura podía verse. Se dirigió a Alfred que al levantarse y seguir la mirada, al igual que Cecilia hacia la Estrella, se iluminó igual mente. Entre ambos parecía girar el colorido que emite un prisma de cristal cuando refleja la luz que recibe. Esos, esos reflejos y ningún otro más empezaron a desparramarse hacia el foso del sopor y sacar a cada uno de los dedeesianos de las tinieblas: ¡¡¡THE SHOW MUST GO ON!!! Los dedeesianos no podían creerlo, Nora desde lejos fue la que mejor divisó ese arcoíris de colores desparramados, en medio de la tormenta soporífera que al fin, venció a la petrificación que sin duda acudiría al foso del sopor.

—Maldito dulce de leche, siempre que aparece crea un problemón —se decía Nora para sí, que ya sabía del maligno efecto del dulce de leche.

Cuando todos estuvieron salvados, Cecilia con su más puro y genuino estilo no pudo acallar su, ilusión y la sacó en su forma favorita: ¡¡¡ASÚÚÚÚÚÚÚÚÚÚKAAA!!!

Nora aprovechando el cambio de micrófono, lo cogió y dijo así a todos los Dedeesianos:

—Sííííííííí, Azúcar, sí. Pero Dulce de Leche no. Queridos dedeesianos ya conocemos todos los efectos que causa, pido por favor que todo el que guarde algún resto por muy pequeño que sea, que lo tire al foso soporífero, así probablemente lo cerraremos. Si nos destruye a nosotros, también puede destruir al sopor.

Nadie daba un paso, todos se miraban esperando a ver quién tenía el arma nociva. Pero nada.

—Eh, Flaco, Adán Buenosayres, si no recuerdo mal, siempre lo has sacado tú. ¿Qué tienes que decir a eso?

El flaco agacho la cabeza, como si no fuera con él, el enano iba a ir contra él, justo en el momento que la Super-nova, extrañada volvió a crecerse en brío, y emitió un rayo sobre la cara de Adán.

Era la ocasión del Cabezón, él se había visto injustamente acusado, cuando el verdadero culpable era Adán y su cara bonita. Sin pensarlo dos veces, se fue hacia él para darle las de Caín, pero...

—...¡¡¡NOOOO!!!! por favor nooo... no lo hagas Cabezón. Terminaríamos en tragedia y no sucederá el Milagro —exclamó Nora.

—Estrella, Estreeeeellaaaaa!! Te suplico que no te detengas, tu luz dibuja ya la orillita, vemos venir el final que es en realidad el principio; sólo tú Estrella puedes re establecer el blanco roto. ¿ya es hora de hacerlo, no crees? dijo una voz que en realidad eran todas.

En ese trance se hallaba el cabezón, mientras que la Estrella del Sur, hacía esfuerzos por brillar más y dar Luz a la cabalgata celestial que se acercaba lentamente, muy lejos aún, pero su perspectiva, le dejó divisar que algo se acercaba incluso podía oír un murmullo musical que le era familiar, demasiado lejos, quizás. Debía mantener el brío para anunciar ese cortejo una vez que estuviese en el punto más cercano, un punto desde el cual todos los Dedeesianos, pudiesen contemplar el milagro que se había producido. Ese susurro, esas notas, sí eran correctísimas notas musicales, pero aun eran inaudibles, incluso para la Reina del Sur.

El enano, se acercó al cabezón y tirándole levemente del pantalón, le hizo que se agachase para susurrar a su oído:

—¿Oyes eso?

—¿Qué? —le respondió el Cabezón.

—Escucha.

—Enano, Enano... Nunca me has caído bien, no te columpies ahora que no respondo de mis actos.

—¡Escucha, cojones! Y déjate de tonterías. Creo que tanto tú cómo yo, cómo algunos más de esta Isla, hemos oído esto en otros tiempos.

—No te entiendo Enano, no sé de qué me hablas yo no oigo nada.

—Es tu rabia la que no te deja, mira a los demás: unos pasmados por el miedo, otros por la impresión, Adán el flaco cabeza gacha, mirando de reojo a ti y a Nora todos están tensos, relájate y escucha. Mira además, ¡Santo cielo! La Súper-Nova se está alejando, pero su Luz es más intensa. Algo se acerca.

El cabezón que se había inclinado sobre una de sus rodillas y la otra puesta en tierra, miró hacia el cielo, Era verdad lo que apreciaba el Enano.

—Jodido Enano, ni que fueras la toma de tierra de la Isla, lo percibes todo, ¿cómo puedes?

—No lo sé, pero escucha ya se oye.

En el ambiente, envuelto en un aire, que cada vez se destensaba más, se empezó a percibir un susurro musical, desconcertado, como si una orquesta sinfónica estuviese afinando los instrumentos en el último minuto antes de levantar el telón.

Todos ya miraban hacia arriba. ¡El milagro! ¡El milagro!, parecían susurrar. La Súper-nova brilló más intensamente, el cielo se veía un cortejo compuesto por tres galeones gigantescos que navegaban por el cielo, en lugar del Mar. Era increíble, no llevaba velas, en su lugar llevaba pantallas de plasma que iban recreando todos los momentos vividos en la Isla. En una aparecía El Cabezón con el Cejijunto, en otras el enano hablando con Nora, En otras el flaco invitando a dulce de leche... todos absolutamente todos los momentos estaban grabados. ¡Al fin! Esta historia de locos pasaría a la posteridad. Algunos se avergonzaban, otros ilusionados el cabezón le dijo al Enano:

—Esas grabaciones podrán demostrar mi inocencia, aunque todavía no veo bien esperemos que se acerque un poco más.

Un trueno gigantesco, a modo de la quinta sinfonía de Bethoven, hizo el silencio, continuó la partitura con ritmo de Rock, el enano y el Cabezón se miraron reconociendo esa música ¡Heavi-metal! Efectivamente, en la cabecera del primer galeón se apreciaba a Sherpa con aire triunfante de Capitán de barco, curioso el mástil estaba coronado por una guitarra eléctrica y la música que sonaba era “Breaktobethoben”.

—Inmejorable —dijo el Cabezón, a modo de pensamiento más que de palabras.

En el segundo galeón, ¿Imposible? Era el señor FOX y toda su gran familia, ninguno de los Dedeesianos podían creerlo, estaban atónitos mirando al cielo más pantallas, más recreaciones de los momentos vividos y seguía sonando la misma partitura.

En el tercer galeón, ahí justamente, en el último. Imposible. Al Enano se le erizaba el vello y le lanzaba una mirada cómplice al Cejijunto, que al unísono exclamaron:

—¡¡¡Abuela!!!

Efectivamente, la abuela Paca, que a sus años ya necesitaba de ayuda para emprender viajes y en buenas manos estaba, iba custodiada por todos los humoristas que a ella más le gustaban, de la mano de Emilio Aragón. Reconoció a sus nietos y ordenó que soltaran anclas.

De la cadena del ancla a modo de cintas de cometa colgaban etiquetas muy variopintas y coloridas, yo tuve, windous-nao, frecebu, turiwte, algo así se leía en ellas dada que a tanta altura no se apreciaba bien, los símbolos ayudaban a reconocer los nombres comerciales.

¡Qué maravilla!, ¡inaudito!, ¡insuperable!... los elogios fueron tantos que imposible de encuadrar todos a la vez. El milagro, se había producido, el suspiro final se produjo, eso sí hubo una interrupción:

—¿Esto en que canal lo echan? Y ¿a qué hora?...Ups, perdón —la voz chillona de Tacha, que al ser tan niña no había reconocido el espectáculo rompió el ensimismamiento—. Me gustaría verlo otra vez, entiéndanme, por favor.

Nora, se dirigió a ella, ladeando la cabeza, como diciendo, más bien pensando.

—Ay, una ya no está para esto.

—No te preocupes, tacha, tu también tendrás el tuyo y podrás verlo, leerlo o imaginarlo cada vez que quieras, cielo.

Las palmas, los silbidos y las ovaciones terminaron de poner el broche final, bajo la Luz, que aún emitía la Estrella del Sur.

FIN